

POLITICA Y ESPIRITU

R95
493

N°
95

SUMARIO

LA TAREA DEL SOCIAL CRISTIANISMO

POLITICA NACIONAL: Primero el socialismo dijo: ¡No! — Pero después el socialismo dijo: ¡Si! — La primera represión policial. — La caída del Intendente-Alcalde, o de Tito, como S. E. le llama en la intimidad. — En tren de realizaciones. — Salario familiar e indemnización por años de servicio. — Idas y venidas, vueltas y revueltas del Tratado con Argentina. — De Coihueco a Copiapó. — Tradicionalistas y Conservadores. — El radicalismo convoca. — 6º Congreso de la Falange Nacional.

POLITICA INTERNACIONAL: La paz de la digestión. — Checoslovaquia: una grieta. — Alemania: media vuelta. — Aflojamiento en Austria y los Dardanelos. — La elección italiana.

EL "PADRE CALLAMPA" Y SU "POBLACION", por *Eduardo Blanco-Amor*.

ANATOMIA DEL PARTIDO COMUNISTA, por *Harry Schwartz*.

NOTA SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS POLITICOS DEL SOCIAL-CRISTIANISMO, por *Jaime Castillo Velasco*.

DEMOCRACIA LAICA Y CRISTIANA, por *Luigi Sturzo*.

ESTE MUNDO DE HOY: Eisenhower y el comunismo. — El dictador Rhee organiza manifestaciones. — Los quemados libros y la objetividad en la información. — La muerte de los Rosenberg.

AÑO
IX

1.º de JULIO de 1953

3974

— NOVEDADES Y REPOSICIONES —

| | |
|--|--|
| Oscar Castro: <i>Comarca del Jazmín y sus Mejores Cuentos</i> \$ 180 | Francois Mauriac: <i>El misterio Frontenac</i> \$ 160 |
| Manuel Concha: <i>Tradiciones Serrenenses</i> 180 | Wilkie Collins: <i>La Dama de Blanco</i> 75 |
| Alberto Edwards: <i>Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno</i> 160 | John Knittel: <i>Via Mala (gran novela suiza)</i> 275 |
| Daniel Riquelme: <i>Bajo la Tienda</i> 180 | Francisco García Lorca: <i>Angel Ganiwet</i> 280 |
| Gilbert Cesbron: <i>Los Santos van al Infierno</i> (cuatro ediciones en medio año) 250 | Federico Carlos Sáinz de Robles: <i>Castillos en España</i> 375 |
| Marcela Paz: <i>Papelucho</i> 130 | Pearl S. Buck: <i>Los hombres de Dios</i> 440 |
| Marcela Paz: <i>Papelucho casi huérfano</i> 65 | F. Dostoiowski: <i>La Casa de los Muertos</i> 250 |
| María Flora Yáñez: <i>La Piedra</i> 160 | Id.: <i>Los Hermanos Karamazov, pasta</i> 600 |
| Luis Durand: <i>La noche en el camino</i> 220 | Silvio Pellico: <i>Mis Prisiones, pasta</i> 300 |
| Edmundo Márquez: <i>Guerrilleros. Novela Histórica</i> 170 | Romain Rolland: <i>Juan Cristóbal, 10 ts.</i> 1.350 |
| Isidoro Hedges: <i>Provincia de las horas, Poemas</i> 90 | Eugenio D'Ors: <i>Tres horas en el Museo del Prado, piel, papel</i> .. 100 |
| Miguel Amerik: <i>Oración del esclavo</i> (poemas sociales) 100 | Biblia 100 |
| Antonio Acevedo Hernández: <i>La Cueca</i> 200 | Knut Hamsun: <i>Hambre (Col. Crisol)</i> 175 |
| Aída O. de Estrada: <i>Radiografía de los Ramos Técnicos en el Liceo Chileno</i> 200 | Rómulo Gallegos: <i>El forastero (Col. Crisol)</i> 175 |
| Gabriela Mistral: <i>Tala</i> 70 | Fulton J. Sheen: <i>El Comunismo y la conciencia occidental</i> 250 |
| Oscar Castro: <i>Antología</i> 160 | Francisco Olgíati: <i>Carlos Marx</i> .. 150 |
| Oscar Castro: <i>La vida simplemente</i> 150 | Aldo Mieli: <i>La eclosión del Renacimiento (Hia. de la Ciencia, III)</i> 220 |
| Rabindranath Tagore: <i>Ofrenda Lírica</i> 60 | Id.: <i>Lionardo da Vinci, Sabio (Id., t. IV)</i> 130 |
| Walt Whitman: <i>Canto a mi mismo</i> 60 | Id.: <i>La Ciencia del Renacimiento: Matemáticas y C. Naturales (Id. t. V)</i> 280 |
| Fco. Luis Bernárdez: <i>Himnos del Breviario Romano, (latín y español)</i> 80 | Id.: <i>La Ciencia del Renacimiento: Astronomía, Física y Biología (Id. t. VI)</i> 280 |
| P. Raymond: <i>Dios entre los asesinos</i> 120 | José M. Llovera: <i>Tratado de Sociología</i> 400 |
| Karl Abstragen: <i>El Almirante Canaris</i> 280 | Pitirim Sorokin: <i>La crisis de nuestra era</i> 250 |
| W. Thomas Wals: <i>San Pedro el Apóstol</i> 300 | Idem: <i>Teorías sociológicas contemporáneas</i> 990 |
| Idem: <i>Felipe II</i> 750 | |
| A. Manzoni: <i>Los Novios</i> 350 | |

LIBRERIA DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

POLITICA Y ESPIRITU

Los hechos y las ideas

REVISTA QUINCENAL

AÑO IX Nº 95

1º de Julio de 1953

INDICE

| | |
|--|----|
| La tarea del social cristianismo | 1 |
| Política Nacional | 3 |
| Política Internacional | 8 |
| El "Padre Callampa" y su "población", por Eduardo Blanco-Amor | 12 |
| Anatomía del Partido Comunista, por Harry Schwartz | 16 |
| Nota sobre algunos problemas políticos del social-cristianismo, por Jaime Castillo Velasco | 19 |
| Democracia laica y cristiana, por Luigi Sturzo | 23 |
| Este Mundo de Hoy | 26 |
| Los Libros | 28 |



REDACCION - ADMINISTRACION
Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126
Santiago de Chile

DIRECTOR:

Andrés Santa Cruz Serrano

POLITICA NACIONAL:

Tomás Reyes Vicuña

POLITICA INTERNACIONAL:

Alejandro Magnet Pagueuy



Valor de la suscripción a 24 números: Chile, \$ 330.— Extranjero, US\$ 3.50. — Las suscripciones deben solicitarse a EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., Casilla 3126, Santiago de Chile. Impreso en los Talleres de la Editorial Del Pacífico S. A., San Francisco 116.

LA TAREA DEL SOCIAL CRISTIANISMO

La reciente celebración del Directorio General del Partido Conservador y el Sexto Congreso de la Falange Nacional han planteado de nuevo el problema de la tarea del social cristianismo en la política chilena. Ambos partidos están sometidos a la urgente necesidad de delinear con mayor precisión su doctrina y su acción práctica, a fin de recuperar posiciones perdidas e iniciar una etapa de efectivo progreso. De ahí que este problema despierte hoy por hoy la atención de todos aquéllos que esperan del movimiento social cristiano una labor que le permita alcanzar una real y creciente influencia en el país.

A este respecto es conveniente señalar algunos conceptos que deben considerarse en el cumplimiento de esa empresa.

Nadie podría negar que hasta el momento los social cristianos han realizado un trabajo, bajo muchos aspectos, de importancia en nuestro ambiente político. Y no ha consistido sólo en una destacada labor personal de muchos de sus hombres. También, por cierto, un esfuerzo paciente y difícil por formar una conciencia pública en torno a sus ideas, su mentalidad, su concepción moral y social. En el curso de estos años, y gracias en especial a la actuación de la Falange Nacional, una multitud de prejuicios, falsedades y confusiones ha sido literalmente barrida de la mente cristiana. Hechos que hoy pasan por habituales y normales no habrían podido suceder o aceptarse si previamente el social cristianismo no hubiese roto la inercia de amplios sectores y abierto camino a nuevas posiciones, hábitos, métodos, estilos de vida, etc.

Todo esto es verdad y nadie podría desconocerlo de buena fe. Pero, también lo es que, hasta ahora, el

social cristianismo no ha conseguido definir claramente la totalidad de sus concepciones y unir vigorosamente la doctrina a la acción. No hay duda de que los diversos partidos chilenos de inspiración social cristiana presentan diferencias marcadas en este sentido, las cuales van desde la especulación teórica hasta las formas concretas de la acción. De ahí las divisiones y la falta de unidad que resta eficacia o esteriliza los esfuerzos.

Todo esto debiera ser, en definitiva, aclarado y precisado. Es preciso realizar un avance notable en el proceso de elaboración de la teoría y la acción. Urge que el social cristianismo pase a ser una doctrina que se impone a las masas, víctimas de la explotación, de la miseria o de una ilegítima inferioridad, como aquéllo que resuelve el problema de su vida real, concreta y cotidiana y, al mismo tiempo, satisface su necesidad de una concepción del hombre y su destino.

Es preciso dejar de lado la tendencia muy corriente según la cual el social cristianismo es una doctrina con la cual se "salva" a los hombres. En verdad, lo que se debe hacer, si ella es verdadera, es mostrar que surge de la vida misma, que es la historia la que la impone, que sus principios responden a la imagen absoluta y relativa del hombre, a lo que en éste hay de eterno y a lo que la realidad del momento exige como una etapa superior.

¡Nada de social cristianismo sentimental! ¡Nada de exigencias puramente morales que no consultan en sus normas el mundo en que se sume cuotidianamente el hombre real y vivo!

El social cristianismo, no como empresa meramente política, sino como empresa humana de nuestro tiempo ha de saber asumir dentro sí todo lo que el hombre es y todo lo que espera y debe ser. Ello significa una ruptura desde dentro de cada uno y que se proyecta sobre todo el orden social vigente, transformando a éste y al hombre.

¡Y acostumbremos a pensar que sin partir del sufrimiento y sin comprender el sufrimiento —lo que equivale a decir la tragedia y la esperanza del pobre que convive junto a nosotros en la sociedad presente— no hay social cristianismo de ninguna clase! Porque así como se ha dicho que la revolución será moral o no será, también podríamos decir que el social cristianismo será popular y humilde, o no será.





PRIMERO EL SOCIALISMO DIJO: ¡NO!



Interprétese como se quiera la negativa del socialismo para integrar el Gabinete, ya sea como originada por un afán de imponer otros nombres o pretender distintas funciones, según la versión a Monedada, ya como proveniente de una desconfianza en la conducta

gubernativa para enfrentar los problemas económico-sociales, según la versión más verosímil, el NO del señor Ampuero tuvo proyecciones que pudieron alcanzar a la política general del gobierno y definitivamente trazar una raya entre lo que el Primer Mandatario estaba dispuesto a realizar ahora, una vez elegido, y lo que un gran número de sus electores imaginó que podría ejecutar de acuerdo con sus declaraciones de candidato.

Pésimo para el API, nueva sigla unitaria de los partidos ibañistas, habría sido este comienzo; porque si todo el esfuerzo político de esas colectividades se concentraba en dar su fisonomía al Gabinete en gestación, el fruto del parto parecía tender a dejar como irreconocibles los rasgos del API y muy marcados los del señor Rossetti o del señor Necochea que hace rato, con la idea de un supuesto gobierno nacional, entre desmentidos desmentidos, (menos por menos, da más), han estado tomando contacto con algunos sectores de oposición o con personeros de sus tendencias maestros en el arte de la mimetización, para los que no faltaría el disfraz de técnico, de representante de la producción o de amigo personal.

Para allá iban las cosas. Un desplazamiento no muy sensible pero constante iba produciéndose para confirmar el dicho que la Derecha pierde las elecciones y gana los Gobiernos. La responsabilidad del socialismo al permitir con su rechazo el acentuamiento de esta política era evidente. Parecía que, desde luego, daba por perdida toda rectificación que le permitiera colaborar o, lo que era peor, que el aporte de realizaciones gubernativas que pudiera representar fuera anodino o utópico. le faltaran hombres para materializar sus iniciativas con eficacia o se sintiera incapaz para afrontar una eventual resistencia a su política de sectores de opinión a los que le interesaría halagar, y por ende, eludía asumir una responsabilidad que le correspondía como partido de gobierno.

PERO DESPUES EL SOCIALISMO DIJO: ¡SI!



Lo cierto del caso es que alguien capituló. O el Presidente de la República al aceptar los criterios socialistas sobre la orientación general del gobierno y muy en especial sobre la ley de Defensa de la Democracia, o el P.S.P. al olvidar el discurso de Copiapó, los conceptos del Mensaje presidencial y tantas otras posturas oficiales discrepantes fundamentalmente de las suyas. Tal vez se transigió en un "pasando y pasando".

Don Felipe Herrera en Hacienda, don Enrique Monti en Trabajo y don Clodomiro Almeyda en Minas. Tres ministerios fundamentales y decisivos para dar fisonomía a la acción del Ejecutivo; tres personas con antecedentes de capacidad para el buen desempeño de esas carteras; tres representantes de un partido que deberá velar por que el gobierno se ajuste en sus actuaciones a su línea popular.

Puede decirse que este es el primer Gabinete político de S. E. don Carlos Ibáñez, ya que también los Nacional Cristianos estarán ocupando el Ministerio de Tierras; lo que no puede decirse es hasta cuándo durará esta combinación, porque, como se dice, el Presidente tiene su modo.

Hasta aquí, la inestabilidad ministerial se asemeja a la de los peores períodos del régimen parlamentario, precisamente cuando más se alardea de presidencialismo. Parece ser la necesaria expresión de la ausencia de un criterio directivo y de las veleidades del favor presidencial.

LA PRIMERA REPRESION POLICIAL



Mala coincidencia para la incorporación socialista al Ministerio fué también el despliegue policial contra los obreros de la Fábrica Sumar. Para los Partidos que valorizan especialmente el trabajo y los trabajadores en la

vida económico-social de una nación y saben que, a pesar de la incitación, los empleados y obreros no recurren por hábito sino generalmente por necesidad y con sacrificio a la huelga o a otras medidas extremas de resistencia; para los Partidos que, por sus contactos con el ambiente sindical, palpan la norma de interminable regateo en las gestiones de avenimiento, en las que suele mantenerse un fingido desconocimiento de las necesidades vitales de los asalariados; que aprecian la insuficiencia de procedimientos legales y la inoperancia o la falta de jerarquía de los funcionarios y también de algunos Ministros para tratar con las empresas, que provoca el continuo recurso de llegar hasta el Presidente de la República si se quiere solucionar los conflictos; para esos Partidos democráticos y populares, la conducta de la represión policial sólo puede ejercitarse ponderadamente y como último recurso, en casos graves y agotados los demás procedimientos, teniendo la conciencia de que la autoridad ha cumplido plenamente con su deber en resguardo de la justicia y ha sabido imponerse sobre cualesquier tipo de intereses que pretendieran burlarla. Exclusivamente así se tendrá autoridad moral para proceder.

No pretendemos absolver de culpa a quienes hayan cometido actos contrarios a la ley, sino señalar que éstos suelen ser producto de la negligencia gubernativa para resolver un conflicto y para hacer respetar sus decisiones.

Y, a propósito, bueno es, también, que se vaya teniendo conciencia de que si es atropello a la propiedad privada la ocupación indebida por los obreros de edificios pertenecientes a un empresario, mayor atropello a la propiedad privada es la retención injusta de remuneraciones correspondientes a los asalariados, puesto que afectan su único patrimonio, esencial a la vez para su sustento y el de sus familias. Y si al primer caso corresponde el desalojo, al segundo debiera corresponder la incautación.

Entre las víctimas de esta primera represión policial no sólo se encuentran obreros de la industria; ante su inoperancia manifiesta se aceleró el despido del Ministro del Trabajo, don Leandro Moreno, y bajo la sospecha de instigador de los incidentes, don Mamerto Figueroa, por orden superior, presentó su renuncia a la Intendencia y a la Alcaldía de Santiago.



LA CAIDA DEL INTENDENTE-ALCALDE, O DE TITO, COMO S. E. LE LLAMA EN LA INTIMIDAD



Todavía, a pesar de los años, don Mamerto, el Intendente-Alcalde de Santiago, era "Tito" para S. E. el Presidente de la República. Por lo menos así lo llamaba hasta el día en que perdió su confianza. Un general retirado, el señor Danús, es el nuevo Intendente; una ministra retirada, la señora Del Canto, es la nueva Alcaldesa. A pesar de la resistencia del bloque ibañista mayoritario en la Municipalidad, es de esperar el desempeño más afortunado posible de ambos en sus cargos respectivos.

Don Mamerto Figueroa era la encarnación más perfecta de aquellos ibañistas que confunden la autoridad con la arbitrariedad y que creen que no hay acción si ella no es de rompe y rasga. Seguramente esparió la modorra de algún funcionario y pudo resolver uno que otro pequeño asunto empantanado administrativamente, pero para ello desquició servicios, desencadenó el favoritismo político y esterilizó la acción permanente de los organismos de su dependencia.

Sus cabildos abiertos paralelos a la campaña electoral recién pasada se recordarán como mal precedente, y sus intervenciones, como desahogos demagógicos e impropios de su investidura. Y el cabildo final de la Plaza de la Constitución, soñado como apoteósico, convocado a tambor batiente, esperado como el homenaje unánime del pueblo a su redentor, se recordará por su concurrencia escuálida, reflejo fiel de su menguante destino.

Don Mamerto, Tito, como S. E. lo llamaba en la intimidad, con su apariencia de Churchill al 1/2 penique, apariencia física se entiende, uno de los personajes más típicos del régimen, ha terminado, quien lo hubiera creído, por hacernos recordar el cuento aquel: "si yo no he renunciado, me han renunciado".

EN TREN DE REALIZACIONES

Número tras número el Diario Oficial ha venido entregando la versión de un Decreto Ley de esos que a determinados sectores económicos les hace recordar dónde es donde aprieta el zapato. Forman ese conjunto el Instituto Nacional de Comercio (alias INACO),



la reforma del Banco Central, la estructuración del Banco del Estado, la configuración de la Corporación de Inversiones y, en el terreno de los proyectos de ley, las modificaciones al régimen de las sociedades anónimas y la revisión del sistema tributario.

En la Convención Nacional de la Industria pudo comprobarse el estado de alerta en que se encuentran los elementos que mueven la riqueza nacional. Su indisimulada desconfianza en la política gubernativa estuvo patente en los discursos de los señores Walter Müller, Jorge Alessandri y Recaredo Ossa, mientras el Ministro de Economía y Comercio, señor Tarud, señaló que el Gobierno no estaba dispuesto a alterar su plan de realizaciones, por cuanto ellas estaban encaminadas a producir una regulación de nuestra economía, evitándose la especulación y el incremento del proceso inflacionista.

La frase cumbre, aquella que subraya el diario "La Nación", es la que se refiere a que este Gobierno (léase, a diferencia de los anteriores) no se limitará a señalar sus ideas en discursos, sino que las convertirá en realidades. La ciudadanía tiene la sensación de que, con que solamente practicara una modesta porción de sus buenos propósitos, mucho se habría avanzado; pero, desgraciadamente para el señor Tarud, el Banco Central, como advertencia ante una nueva emisión propuesta por el Ejecutivo, señalaba casi simultáneamente que en un año, con el objeto primordial de dar recursos al Fisco, casi ha doblado sus emisiones, pasando de 9.581 millones de pesos a 18.573, por lo que no es mucha su autoridad para estar fijando normas antiinflacionistas o dictando cátedra sobre procedimientos innovadores.

En principio, aún cuando las iniciativas que comentamos en este párrafo, y que en otra oportunidad merecerán nuestro análisis detallado, pudieran representar una intromisión en la economía que en cierta manera alterara las normas consagradas de los negocios, para nosotros no merecerían reparos si representaran ventajas para una más equitativa distribución de los beneficios, estimulara la producción de aquellos rubros esenciales para nuestro abastecimiento con créditos a plazos concordantes con su ciclo de desarrollo y desmonopolizara el usufructo de los recursos cuyo origen está en el esfuerzo de toda la comunidad.

No sin razón suele argüirse que coartar la libertad económica conduce a la pérdida de la libertad política, ya que la intervención del Estado a través de órganos políticos dispensadores de todo bien, deja en su poder uno de los recursos más eficaces para someter a los hombres. Sin duda, es un peli-

gro. Claro está que lo que a veces se llama libertad económica no es sino la mejor manera para acrecentar la fortuna de quienes la disfrutan, marginando hasta de la satisfacción de las necesidades más esenciales a la gran masa de los proletarios.

Por eso el Estado, por lo menos dentro de su papel regulador y supletorio de la actividad económica, sin privilegios ni concentración excesiva de poder, debe tener en sus manos las herramientas capaces de hacerlo eficaz en su intervención. Hasta el momento la vida de los organismos nacidos de estos decretos no puede apreciarse. Por si mismos no harán más ni menos felices a los chilenos; sus actuaciones los justificarán o los harán vituperables.

SALARIO FAMILIAR E INDEMNIZACION POR AÑOS DE SERVICIO

Tantas alternativas como las del armisticio que se negocia en Panmunjom ha debido sufrir el decreto por el que se establecen el salario familiar y la indemnización por años de servicio. Su impacto en la economía nacional necesariamente deberá tener carácter inflacionista, sólo amortiguado por cuanto su pago ya se practicaba o se debiera haber practicado en grandes sectores de la producción, aún cuando en niveles inferiores a los que ahora se establecerían. Recurrir simplemente al aumento de las imposiciones patronales y obreras, sin idear algún tipo de participación en la empresa que no hiciera necesaria la acumulación de capitales más o menos muertos para responder de la indemnización por años de servicios, es lo más sencillo pero no lo económico y socialmente más aconsejable. Según parece, por los decretos en estudio se autorizaría al Presidente de la República para alzar fuertemente las imposiciones lo que sumado al incremento que ya estableció la ley de Seguro Social producirá inevitablemente reflejo en los precios. Con todo, salario familiar e indemnización por años de servicios son medidas tan elementalmente justas que deben primar sobre cualquiera otra consideración que pudiera plantearse.

La sugerencia de ir incorporando a los trabajadores a la propiedad de las empresas por medio de las reservas acumulables para responder de la indemnización, merece desarrollarse, porque a través de ella se iría gestando el nuevo concepto de la



empresa comunitaria, que el socialcristianismo sostiene como una de sus aspiraciones.

Muy criollamente, sin embargo, más que el perfeccionamiento técnico de una medida de esta naturaleza, el gran problema que agita el despacho del decreto reside en que el Ministro del Trabajo, don Leandro Moreno, no quiere irse sin dejar ligado su nombre a tan trascendental resolución. Es muy humano, pero parece que no es lo más importante.

IDAS Y VENIDAS, VUELTAS Y REVUELTAS DEL TRATADO CON ARGENTINA

El Ministro de Asuntos Técnicos de la República Argentina señor Mendé, acompañado a manera de ayuda de cámara por nuestro embajador en ese país, don Conrado Ríos, atravesó hasta nuestra capital con un grueso infolio de 68 artículos continentales del Tratado entre ambos países. La sensación de "anchluss" que alarmaba a grandes sectores de la opinión nacional tenía pleno fundamento, y fué necesario que nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores redujera a 12 artículos de índole económica y comercial, susceptibles de ampliación posterior, el absorbente y pretencioso articulado peronista, para alivianar la pesada atmósfera.

La tramitación a espaldas del pueblo y a puertas cerradas, por muy representativa que se sienta la autoridad, no es buen procedimiento para negociaciones de esta naturaleza. Hasta el propio Congreso tuvo que solicitar los antecedentes en discusión, ya que el Ejecutivo no informaba ni requería su consejo, olvidándose que el Parlamento tendría necesariamente que pronunciarse sobre el Convenio y nada se habría sacado con proponerle algo que excediera su criterio sobre el particular.

Los sucesivos viajes de los embajadores y del ministro Mendé deben dar motivo para tejer curiosos episodios de la vida diplomática, de los que con seguridad no habrán estado ausentes algunos remezones de las orejas.

Dadas las explicaciones del caso y fijada la posición de Chile por su Ministro de Relaciones, señor Fenner, S. E. el Presidente de la República, y su escolta remontarán los Andes para firmar en Buenos Aires un Tratado Comercial, para ratificar la amistad de los pueblos chileno y argentino y para destacar que nuestra democracia, representada especialmente por un Parlamento libre, sabe respaldar la postura internacional del Gobierno quienquiera sea el que lo dirija, si ella se ajusta al interés nacional.

De entre sus travesías de la cordillera, en ésta

S. E. tiene la representación de Chile y de todos los chilenos, y sus palabras, junto a las que el protocolo manda, deben ser fiel reflejo del sentir de sus conciudadanos.

DE COIHUECO A COPIAPO



La balanza continúa en el fiel. Don Serafín Soto y don Juan Luis Urrutia disputan su elección por un margen lindante con el cero. Solamente ante el Tribunal Calificador vendrá a sosegar la aguja y marcará definitivamente al triunfador, porque es de esperar que no se ordene repetir nuevamente la votación en alguna de las mesas discutidas.

La unidad de la oposición fué férrea y disciplinada; en contraste, el ibañismo advenedizo de don Serafín no consiguió sino a última hora dar garantía a los patrocinantes de su compañero de corral, don Hermenegildo Vega, para que dejaran de cerrarle el paso.

Liberales y Tradicionalistas no tuvieron empuje en pactar con el Frente del Pueblo, asilo de los comunistas, ni con el Partido Radical todo un acuerdo electoral de proyecciones amplias, confirmatorio de los entendimientos que anteriormente se habían manifestado al organizarse las mayorías en ambas Cámaras. Pueda ser que estos contactos o coincidencias impidan que en el futuro dichos partidos tachen a otras colectividades el llegar a acuerdos de parecida naturaleza.

Fruto de ese pacto es la invocación radical para obtener el apoyo a su candidato en Atacama para reemplazar al diputado socialista don Héctor Montero, trágicamente fallecido. Un nuevo factor deberá ahora tomarse en cuenta, pues si bien en Coihueco la Falange Nacional no tenía electores que le permitieran intervenir en el pacto señalado, en la provincia de Atacama sus fuerzas tienen legítimo derecho para reclamar para sí la opción a representar las fuerzas opositoras; en efecto, en la elección recién pasada el radicalismo estuvo muy lejos de doblar la votación que obtuvo, don Alejandro Noemí, candidato falangista que debió superar al electo señor Montero, por lo que si prima un criterio equitativo para estimar el mejor derecho, no debía vacilarse en apoyar con entusiasmo a un candidato de esta filiación.

El ibañismo, entre tanto, en estado semi "groggy" como consecuencia de Coihueco, debe ir aprontando el mentón para el golpe de gracia en Copiapó.

TRADICIONALISTAS Y CONSERVADORES



El mismo día, Tradicionalistas y Conservadores dilucidaban sus posiciones y elegían sus directivas. Para el que mira de fuera, la aparente inmutabilidad de unos y otros tiene rasgos sugestivos de procesos en gestación. Para ser francos, aún cuando la propiedad de la etiqueta fué asignada en disputado fallo, el vulgo tiende a asignar el concepto de conservador más bien a quienes debieron agregarse el remoquete de tradicionalistas. Y más vale así. Ya repite S. Mateo en el Capítulo IX, versículos 16-17, la parábola: "Nadie echa un remiendo de paño tieso sobre un vestido viejo, porque la pieza sobrepuesta lleva algo del vestido y se hace un desgarrón peor. Ni echa vino nuevo en odres viejos; que si no, revientan los odres, y el vino se derrama y los odres se echan a perder; sino que echan vino nuevo en odres nuevos, y entrambos se conservan". El social-cristianismo es la nueva expresión, imperfilada todavía en muchos aspectos, de cómo pueden los hombres vivir en auténtica hermandad en el mundo de hoy sin aniquilar su naturaleza trascendente.

Y qué distintas son las cuentas del señor Coloma y del señor Mardones. Un exceso de homenajes trasciende de la primera; una angustia por precisar conceptos, de la segunda. Mientras el tradicionalismo se regocija con razón del recuperamiento de militantes, los social-cristianos constatan las ausencias, hasta de sus diputados, cuando en imperturbable propósito doctrinario siguen adelante. Y si se declaran vigilantes unos respecto al gobierno del señor Ibáñez, que vergonzantemente hacen memoria de haber apoyado en 1942, para los otros no existen estos sutiles lazos del recuerdo. Y si para el presidente Tradicionalista la unidad por la grandeza es una suprema esperanza prendida al alma, para el presidente Conservador la unidad solamente puede tener valor si se condiciona a la aceptación de bases políticas mínimas de un acción común.

Mucho más que un simple índice de materias y menos que la conclusión final sobre los temas que formula, las bases de una acción común propuestas por el señor Mardones tienen el extraordinario valor de sistematizar los planteamientos sobre los cuales se requiere un pronunciamiento de quienes dicen profesar el social-cristianismo. Hacia allá debe irse, sin intenciones de hegemonía ni de reintegración, porque teniendo auténticamente las mismas ideas no importa quien mande. La democracia cristiana debe tener una sola tienda pero que cobije sólo a los que real y sinceramente creen en ella.

SEXTO CONGRESO DE LA FALANGE NACIONAL



En ningún partido la autocrítica alcanza la severidad con que se practica en la Falange Nacional; por eso la reunión de representantes de todas sus bases que hace en estos días tendrá el valor de señalar con claridad su porvenir basándose en el examen estricto del pasado.

Aciertos, errores y vacíos confrontados sin esquivar nada, deben confirmar a la Falange en su propósito mantenido implacablemente durante su difícil trayectoria: obtener la redención proletaria por la aplicación integral del social-cristianismo.

Si se mira hacia atrás podrá advertirse cómo en casi veinte años se ha ido desentrañando una doctrina, gestando un sistema de ideas y de proposiciones capaces de responder a las inquietantes y complejas situaciones que plantea el mundo moderno y, al mismo tiempo, resguardando los valores imprescriptibles de la personalidad humana. Veinte años de dura prueba para una juventud que simultáneamente tuvo que formarse y enseñar, asumir responsabilidades y defenderse, ganar la confianza de los trabajadores quebrando su recelo hacia la idea cristiana, vivir, consolidarse y crecer.

Si enfocáramos este 6º Congreso falangista a través de lo que se quisiera expresar a través de él, advertiríamos en primer término un ansia por establecer hasta dónde el social-cristianismo ha sido o será operante para señalar una nueva ruta a la humanidad o, más modestamente, al pueblo de Chile; en seguida, tal vez, cómo en nuestro medio y con sus recursos, o echando mano de la colaboración de otros sectores, podría emprenderse la gran tarea de dar al pueblo un nivel de dignidad que el presente le niega; para más adelante analizar la urgencia de mancomunar los anhelos demócratas cristianos existentes bajo distintas denominaciones, sin mochar las aristas que deben ir abriendo cauce a su misión revolucionaria; y, por último, ante la realidad inmediata, adoptar posiciones concretas capaces de conducir a la unidad social-cristiana, precisar conceptos sobre los más vitales problemas del país como de la comunidad internacional y como consecuencia tener una actitud ante el Gobierno y los demás partidos, abordar la vida del trabajo y su organización sindical y, finalmente, señalar etapas y métodos para avanzar en la ruta trazada.

Una gran oportunidad que no se puede desperdiciar: eso es el 6º Congreso falangista.

LA PAZ DE LA DIGESTION



Hoy por hoy, la URSS busca la paz. Eso no quiere decir, por cierto, que el régimen soviético sea esencialmente pacífico, ni que, como contrapartida, los Estados Unidos deseen desencadenar la guerra. La "guerra fría" no sólo se desarrolla sobre un tablero mundial sino con una medida del

tiempo más amplia que la de la vida de los actuales dirigentes de la lucha. Stalin ya desapareció del escenario, pero nadie puede decir que sus ideas, expuestas poco antes de morir en el famoso artículo de "Bolchevik", no sigan rigiendo en parte decisiva la diplomacia rusa. Si la URSS retrocede es sólo para saltar mejor, cuando llegue la ocasión. En todo caso, es evidente que retrocede, pero también lo es que lo que pierde o arriesga perder con sus retrocesos es muchísimo menor que lo que ese mismo retroceso le da oportunidad de ganar. En todo caso, los cálculos rusos están basados en la dialéctica del materialismo histórico y en la creencia que de éste se deriva y según la cual las naciones capitalistas de Occidente están condenadas fatalmente por sus contradicciones internas y por aquéllas que las oponen unas otras en los mercados mundiales. Los rusos no creen en la posibilidad de que Occidente fuerza el curso de la historia. Una presión rusa indebida o extemporánea podría actuar como un elemento perturbador de ese proceso fatal o —riesgo más inmediato y temible— podría hacer saltar la chispa capaz de elevar instantáneamente la temperatura de la "guerra fría" hasta el rojo vivo de la sangre.

Las estadísticas recientemente puestas a punto por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos revelan que la última guerra no le costó a la nación más de 300.000 muertos y todo el mundo sabe qué fantástico impulso ha significado la guerra y la situación de post-guerra para la econo-

mía norteamericana. Entre los días anteriores a Munich y los actuales, la renta nacional de los EE. UU. se ha triplicado. Los rusos han llevado a cabo, igualmente, un progreso enorme y, a la vez, han ganado y perdido mucho más que sus rivales norteamericanos. Sus pérdidas se derivan del hecho de que tuvieron que sufrir la guerra en carne viva. Las estadísticas soviéticas son también impresionantes:

- 1.710 ciudades destruidas total o parcialmente;
- 70.000 aldeas arrasadas.
- 6.000.000 de casas destruidas.
- 25.000.000 de habitantes sin techo;
- 98.000 kolkhoses destruidos;
- 36.850 establecimientos industriales, id.;
- 7.000.000 de caballos perdidos;
- 17.000.000 de vacunos, perdidos.
- Decenas de millones de ovinos y porcinos, igualmente sacrificados sin provecho a la guerra.

Hubo un tiempo en que hasta las compañías cinematográficas del Hollywood contribuyeron a hacer admirar en el mundo entero el heroísmo con que el pueblo ruso resistió al "invasor nazi-fascista" y la propaganda comunista ha seguido insistiendo en que sólo la URSS fué capaz de ganar la guerra, liberando a los pueblos etc., etc. La verdad es que tal "liberación" ha colocado al oso ruso en la necesidad de proteger una digestión lenta y pesada. Las anexionaciones de los países bálticos y de provincias de Polonia, Finlandia, Rumania, Alemania y Checoslovaquia, amén de algunos territorios japoneses, le ha significado al Kremlin la incorporación de casi 24.000.000 de nuevos súbditos y, sobre todo, el dominio de puntos estratégicos de gran valor. Estas conquistas se han completado con la ocupación de los países satélites en Europa, que le han permitido llegar al corazón mismo del continente y dominar ricas regiones industriales y agrícolas en que viven más de 80.000.000 de hombres. Por otro lado, uno de esos hechos históricos catastróficos (en el sentido literal de la palabra), quizá uno de los mayores de este siglo, ha incorporado a China al mundo comunista. De este modo se ha formado un imperio como el mundo no veía desde el tiempo de Genghis Khan. Consecuencialmente, Europa ha vuelto a una situación muy semejante a aquélla que, a fines de la Edad Media, la forzó a lanzarse a la

conquista del Atlántico para crearse un respaldo que le permitiera ser algo más que una amenazada península de Asia. La línea que ahora sigue la "cortina de hierro" es sorprendentemente parecida a la que en el siglo XV marcaba el límite de la Cristiandad. Las diferencias no son favorables a la situación actual. Si no, que lo diga Polonia, que era entonces uno de los bastiones de Europa. Y las miradas de ésta hacia el otro lado del Atlántico son ahora muy diferentes a las de antaño.

Estos datos previos son, quizá, necesarios para apreciar en su justo valor y con alguna perspectiva los últimos "retrocesos" rusos.

CHECOSLOVAQUIA: UNA GRIETA



Las concesiones rusas se desarrollan sólo en el plano diplomático inmediato, pero están, sin duda, preñados de proyecciones para lo porvenir. Por otra parte, como acontecimientos quizá imprevistos por los mismos dirigentes soviéticos lo han venido a demostrar, esas concesiones se imponían también por necesidades internas; más aún: por contradicciones internas, pues el comunismo y el sistema de las "democracias populares" también tienen sus "contradicciones". El caso alemán, y el checoslovaco son ejemplos.

Aún antes que en Alemania, se habían producido en Checoslovaquia síntomas claros de que algo andaba mal en la construcción socialista. De los países convertidos en satélites de la URSS., Checoslovaquia era el que disfrutaba de mejor standard de vida, gracias a un más avanzado desarrollo industrial y a una organización sindical más evolucionada y consciente. Aunque parezca paradójico, Gottwald, dentro de la relatividad de los términos, era más el hombre de Praga que el de Moscú; es decir, era un dirigente que conocía mejor que otros, las reacciones de sus compatriotas y tendía, frente a la política absorbente y explotadora de los rusos, a un nacionalismo tan teñido como se lo permitía el temor incurrir en la sombra de una sospecha de titoísmo. Pero Gottwald desapareció en seguimiento de Stalin...

A comienzos de Junio comenzaron a difundirse los rumores de que el descontento de los obreros checos estaban pasando a las vías de hecho. El Vice-Premier Zdenek Nejedly tuvo que admitir oficialmente que la reforma monetaria que liquidaba

prácticamente los ahorros y disminuía los salarios había provocado una intensa agitación en el pueblo, incluso entre los cuadros comunistas. Los llamados al orden y al patriotismo fueron desoídos por los obreros de la ex-Skoda en Pilsen y por los trabajadores de Kladno. En Pilsen hubo destrucción de maquinarias en las fábricas por los amotinados, que, además, se apoderaron de la Municipalidad y quemaron los retratos de Stalin. Luego vino la represión con las bajas consiguientes...

Y se hizo evidente una grieta en el monolito.

ALEMANIA: MEDIA VUELTA

En Alemania Oriental se venía produciendo también desde hacía tiempo una tensión creciente, originada en gran parte por una crítica situación alimenticia. El número de refugiados en Berlín Occidental alcanzó en el transcurso de Mayo a cifras record, que, desde luego, alarmaron al propio gobierno de Bonn. El 3 de Junio, el Ministro Federal de Finanzas advertía que para el año fiscal 1953-54 habría un déficit de 1.380 millones de marcos. De éstos, 600 millones correspondían a gastos imprevistos determinados en buena parte por los auxilios que habría que prestar a los refugiados, y el mismo día 3, Mr. Eugene Black, Presidente del Banco Internacional llegaba a Dusseldorf para discutir con el gobierno alemán las condiciones de un préstamo solicitado para cubrir los gastos de asistencia a los fugitivos del Este, que suman 230 mil en sólo este año.

Pero dos días después se anunciaba que el general Chuikov, jefe del ejército ruso de ocupación en Alemania, había sido llamado a Rusia. Nueve días antes, es decir, a fines de Mayo, Chuikov había sido reemplazado en sus funciones políticas de la Comisión Soviética de Control, por un simple civil, Vladimir Semionov, tenido por comunista moderado y a quien Beria había llamado a Moscú después de la muerte de Stalin. Así, las funciones políticas y militares en la Alemania ocupada por los rusos quedaban en manos distintas, lo que era insólito, y la partida de Chuikov anunciaba un cambio, conforme a los precedentes sentados por los anteriores alejamientos de Zhukov y de Sokolovsky.

Efectivamente: tres días después el Politburó del P. C. de Alemania Oriental ordenaba media vuelta en el proceso de soviétización de la zona. Un diario de Berlín occidental llegó a afirmar que Walter Ulbricht había sido llamado a cuentas de sus métodos "dictatoriales, defectuosos y desacordes con los objetivos del Partido". Si no es Ulbricht —hombre fuerte hasta ahora del Partido— otro se-

rá el chivo emisario, y, sea como fuere, el viraje en Alemania Oriental ha sido sensacional. No sólo se ha dado el ¡Alto! a la colectivización de las tierras sino que se ha echado rápida marcha atrás en muchos otros terrenos: a) Se puso fin con el establecimiento de la libertad de culto a la lucha contra la Iglesia Protestante, que es la mayoritaria en la zona y contra la cual se desarrollaba una dura campaña desde hacía más de un año; b) Se derogaron las medidas dictadas recién en Mayo último, por las cuales se había excluido de la enseñanza a centenares de maestros "insuficientemente instruidos en el marxismo-leninismo". Grotewohl declaró tranquilamente que, "en este terreno, las medidas coercitivas conducen al oportunismo hipócrita o a falsas confesiones"; c) Después de suspenderse en Mayo el reclutamiento de nuevos miembros para la Policía del Pueblo, 40.000 hombres, o sea un tercio de los efectivos, serán licenciados dentro de poco. Si bien se dará de baja a hombres que con tres años de servicios tienen una completa instrucción militar, la flamante voluntad pacifista queda confirmada por el hecho de haberse parado los trabajos de construcción de una gigantesca base naval en la isla de Ruegen y con la cancelación de las maniobras conjuntas que hacían la Policía del Pueblo y las tropas soviéticas de ocupación; d) Se dictó una amnistía en favor de los condenados por delitos económicos menores (más de 4.000 personas salieron de la cárcel) y se prometió completo olvido a los refugiados que volviesen desde la zona occidental.

La continuación lógica de estas medidas habría sido —y aún podrá ser— el alzamiento de las barreras interzonales y los avances para una reunión de los Cuatro Grandes en Berlín para tratar sobre la unificación de Alemania, si el 17 de Junio no hubiese estallado en varias ciudades de Alemania Oriental, y principalmente en Berlín, una revuelta contra el gobierno comunista.

La revuelta ha sido fríamente aplastada por las autoridades soviéticas y, evidentemente, no tenía ningún porvenir. Su significado más claro y obvio es que ha surgido como un obstáculo en el camino de aproximación entre Oriente y Occidente que ya se diseñaba pero ¿cuál es su origen? ¿Ha sido una reacción popular espontánea contra la dictadura comunista y que ésta trató de paliar con las medidas ya dichas? ¿Ha sido un movimiento provocado por los rusos para hacer dar la cara a ciertos elementos peligrosos, en vísperas de un retroceso temporal en Alemania? ¿O ha sido provocado por los elementos nacionalistas alemanes que se oponen a una reunión de los Cuatro Grandes para resolver pacíficamente la cuestión alemana mediante la

neutralización y desmilitarización del país unificado y mutilado? Es muy posible que, como suele ocurrir en estos casos, la explicación no sea una sola sino que, en mayor o menor grado, puedan concurrir todas. Pero, en todo caso, es evidente que el nuevo gobierno ruso parece haber encarado decididamente una resolución del problema alemán. El rearme de Alemania Occidental, sea como miembro del Ejército Europeo, como miembro de la NATO, o como aliado directo de los Estados Unidos —si llega a triunfar a la larga, la nueva política que comienza a predicar Mr. Taft— es una pesadilla para el Kremlin. La anterior invasión alemana ha dejado traumatizados a los dirigentes rusos, que no sólo vieron la terrible destrucción que indicábamos anteriormente, sino que estuvieron a punto de ver derrumbarse la estructura soviética entera ante la penetración de las divisiones panzer. Sólo la reorganización de la Wehrmacht puede hacer retroceder a los rusos en Europa y eso lo saben bien el Pentágono en Washington como los propios hombres del Kremlin. El aporte de las divisiones alemanas inclinará irremisiblemente la balanza del poder militar hacia el lado de Occidente y Moscú hará todo lo necesario para impedirlo.

AFLOJAMIENTO EN AUSTRIA Y LOS DARDANELOS

Pero es imposible ceder en sólo un sector del frente diplomático. Una retirada obliga a una reificación de las líneas en otros sectores. Así, al atardecer del 8 de Junio, los rusos alzaron las barreras que separan su zona de la occidental en Austria y anunciaron que cesaba todo control para el tránsito entre los dos sectores. Al día siguiente, las autoridades austríacas anunciaron que el tráfico sería igualmente libre y que, en especial, las empresas austríacas instaladas en la zona rusa podrían exportar sus productos con entera libertad; y al día subsiguiente, los soviéticos designaron un embajador ante el gobierno austríaco. Pero todo ello no significa el tratado de paz que tanto ansía Austria para ver desalojado su suelo y eliminado el peso que los rusos hacen gravitar sobre su economía y que ya se ha traducido en la expropiación de bienes y empresas por unos 700 millones de dólares en la parte que ocupan.

Si los rusos pactan su retiro de Alemania no podrían menos que firmar la paz con Austria y ya toda la máquina del "roll back" que persigue el Departamento de Estado se pondría en movimiento arrolladoramente. Si Rusia se ha negado a firmar la paz con Austria, a lo largo de las negociaciones más prolongadas y absurdas (260 reuniones de los

delegados desde 1947) no es por las ventajas económicas que le reporta la ocupación sino porque ésta permite tener en territorio austriaco, en el corazón de Europa, 50.000 soldados, y apostar en Hungría y Rumania las tropas necesarias para resguardar sus comunicaciones con Austria. Evacuada ésta, los rusos ya no tendrían título legal para permanecer en esos países. Esto explica, pues, la insistencia norteamericana en que el Kremlin demuestre su buena voluntad y sus intenciones pacíficas firmando el tratado con Austria.

Por último, si en Austria se diseña un comienzo de retroceso, un síntoma semejante se produce en el extremo oriental del Mediterráneo, al abandonar la diplomacia rusa sus pretensiones a una revisión de la Convención de Montreux, que dió a Turquía, en 1936 y con el asentimiento de Rusia, el control militar de los Dardanelos, dejando así encerrada en el Mar Negro a la flota soviética de superficie. Y si Rusia ofrece ceder en esto nada tiene de raro que esté dejando salir a las ciudadanas soviéticas casadas con norteamericanos.

LA ELECCION ITALIANA



Pero en tanto que la URSS se da el lujo de ceder (o promete ceder) terreno al cual no tiene derecho, puede anotarse triunfos indirectos en puntos mucho más importantes. La crisis francesa, en la que los comunistas no son, por cierto, el elemento determinante, pero en la que sí tienen un papel, ha

llegado a prolongarse ya más de un mes, a pesar de los esfuerzos de todos los jefes de partidos y de las gestiones desesperadas del presidente Auriol. La Conferencia de las Bermudas ha tenido que postergarse dos veces y el asunto indochino se alarga, sin que los franceses sepan ya qué hacer con él. Y mientras no se enfrenten con sus aliados, los norteamericanos no dan un solo paso hacia los rusos.

El sombrío destino político de Francia parece amenazar ahora a Italia. Después de siete años de gobierno, y a los 72 de edad, De Gasperi se encuentra con que las últimas elecciones lo colocan en la situación que trató precisamente de evitar con la ley electoral dictada para dar a su país un gobierno estable, basado en una sólida mayoría parlamentaria. Ningún partido pudo alcanzar el 50,1% que le hubiese dado derecho a disponer del 64,5% de los cargos parlamentarios. Hasta el momento es sólo cuestión de decimales, pues los partidos de Centro, de los cuales el Demócrata Cristiano es el más fuerte, han obtenido en conjunto el 49,79%, y queda por decidirse la vali-

dez de 1.300.000 sufragios que no se han computado a ningún partido. Con 57.000 de esos votos, la combinación de Centro alcanzaría el porcentaje requerido para dominar ampliamente el Parlamento y esa situación ha ocasionado una peligrosa tensión en Italia. Entre tanto, y dejando aparte los enjuagues electorales, es evidente que la democracia cristiana ha perdido fuerzas en Italia. Los sectores de tendencias derechistas que antes la apoyaban asustados por el peligro comunista, se han desviado hacia los neo-fascistas y los monárquicos. Estos han aumentado sus votos de 1.345.000 a casi 3 millones y medio y de manera que los monárquicos saltaron de 14 a 40 diputados; y los neo-fascistas del Movimiento Social Italiano de 6 a 29 (sobre 580 diputados en total). En el otro extremo, los comunistas y socialistas de Nenni lograron elegir 218 diputados (143 y 75, respectivamente) con 9.562.860 votos, que representan el 35% del total y un aumento de un millón y medio sobre los obtenidos en 1948. En cambio, los demócratas cristianos y sus aliados de Centro perdieron dos millones de votos y bajaron de 317 diputados a 303, lo que les da en la Cámara una mayoría de 13 votos y una de 6 en el Senado. Mas, para poder asumir el gobierno, los demócratas cristianos tienen que pactar necesariamente con los social-demócratas de Saragat, con los republicanos y los liberales. Cualquiera defección expone al gobierno a una caída. De ese modo, De Gasperi queda obligado a ampliar la base parlamentaria de su gobierno aliándose con otros partidos. Ahora bien ¿Cuál será ese partido? ¿Serán los monárquicos a la derecha o los socialistas de Nenni a la izquierda? Los propios demócratas cristianos están profundamente divididos a este respecto y la suerte de Italia parece estar entregada a esos 1.300.000 votos sobre cuya validez hay que decidir.

Pero tan grave como el futuro político de Italia es, desde el punto de vista internacional que los comunistas y procomunistas hayan aumentado su votación en un millón y medio de sufragios hasta constituir el bloque más homogéneo del país, y el que representa al 35% de los italianos. Si a ellos se agregan los fascistas y otros elementos afines resulta que casi la mitad de los italianos se oponen al Pacto del Atlántico y del Ejército Europeo. Y eso después de siete años de un gobierno serio y honesto —aunque tibio— y después que gracias a una inyección de 2.600 millones de dólares suministrados por los Estados Unidos, los italianos habían llegado a tener —a juicio de un norteamericano— un standard de vida como no lo habían gozado en los últimos 2.000 años... Sin embargo, los italianos no están contentos.

EL "PADRE CALLAMPA" Y SU "POBLACION"

por EDUARDO BLANCO-AMOR

Para enterarse bien y ordenadamente de las cosas, el forastero que en Chile desee moverse entre ciertas incitaciones del tipo de las que dan pie a este escrito, ha de informarse primero del valor usual de los vocablos, o sea de la nueva metáfora que en ellos metió el uso. En este caso tiene que saber qué cosa sea "callampa" —término extracastellano— el lugar de tropo que ocupa luego de haber significado hongo o seta, y después el sentido local encapsulado en la palabra población. Con tales elementos sabrá, a seguido, que "poblaciones callampa" vienen a ser unos conglomerados de habitáculos que, como los hongos, nacen espontáneamente no donde quieren sino donde pueden, aunque asentadas en el mismo rodapié de fermentación y detritus en que se originan los otros hongos. Con la diferencia, más bien triste, de que aquí la espontánea vegetación está formada por hombres, mujeres y niños; lo cual viene a conferir al término "poblaciones callampa", al menos para algunos, una curiosidad empapada de ternura.

Desgraciadamente —del mal el menos,— no es nada privativo de Chile este callampismo dramático montado sobre la miseria, la incertidumbre, la desesperación y la confusión promiscua como elementos propios, fatales, de la vida. Tenía que llegar el siglo XX para que siguiéramos enterándonos de que el hombre es lobo para el hombre y, en el caso de los católicos pudientes, una mezcla de lobo y zorro que consiste en suponer que la caridad es algo optativo y no la forma más ruda, más severa, más desencadenadora de los "dies irae", de la justicia de Cristo, cuando su ejercicio heroico está suplantado por la farisaica mecánica del rezo o por la hipocresía del limosneo.

No, no es nada privativo de Chile. En otros lugares de este pudiente mundo de la superproducción, de las queridas alhajadas como reinas bizantinas, de los pitucos a marca nueva de automóvil por año y de los presupuestos bélicos de cuantía sidérea, siguen creciendo estos testimonios de la sociedad espiritual. Yo no los rehuyo porque tengo el alma más contraria al avestruz que se puede tener, y buenos disgustos me cuesta. Y no rechazo la implicancia del "compromiso" que me corresponde y que me lleva a verlos y a escribir sobre lo que veo, que es mi única forma posible de irrupción en este escándalo, ya que todo mi patrimonio somos yo y mi pluma. Nada de lo humano me es extraño podría ser una de las divisas del cronista. Y aún podría modificarse así: Todo lo hu-

mano me es entrañable, y más lo de este Chile donde lo humano —popular es lo más válido,— por la mayor suma de futuro que contiene— en el orden moral y lo más incitante en el orden intelectual. La curiosidad hacia el hombre popular chileno —digamos también que lo propio del chileno de todas las clases y estamentos es el no estar nunca completamente desasido de lo popular— comienza siendo un acertijo intelectual y termina siendo un amoroso compromiso, casi una complicidad. "Si no puedes amar, pasa de largo", decía Nietzsche. Y en Chile como no se puede dejar de amar no se puede pasar de largo. Yo siento aquí la visión del hombre popular como una obligación de carácter discursivo, por eso en mis escritos sobre Chile, **incitación** es el vocablo que más abunda. La intuición amorosa tiene que abrirse paso aquí en procura de una dialéctica para no quedarse en ese mero pasmo inútil que es la afición o la admiración; formas pasivas, ornamentales, del sentimiento que, utilizadas por el intelectual, configuran una estafa. El intelectual es una máquina de traducir los sentimientos en forma de raciocinios. Y si el motor de la máquina no son otros raciocinios sino el amor, el intelectual asciende de categoría y pasa a ser hombre.

No va, pues, a humo de pajas esta afirmación mía sobre la validez y el sentido porvenidero de lo popular en Chile. El pueblo es lo único que aquí no ofrece aire cansino y como desesperanzado. Semeja, después de tanta agua —o tanta sangre— corrida, no estar modificado por ningún escarmiento. Tiene la fe intacta y va hacia su futuro como cumpliendo un itinerario alucinado, sin demasiada mención de rutas, como debe ser siempre la locura de la fe. Hay en el Chile actual algo así como una pugna entre la desintegración y la perfectibilidad en plena culminación y crisis, y en esta pugna, de la que el pueblo es principal protagonista, está prefigurado todo su inmediato porvenir. Si este país logra encarrilar en las mínimas condiciones de síntesis social sus elementos humanos, menos dispersos de lo que parece, —por cuanto la fe indiscriminada es un aglutinante histórico de primer orden— dará de sí uno de los testimonios más fértiles de América. Parece predestinado a ello. Desde el punto de vista de su intraexistencia histórica, es uno de los pocos países de América que no tienen nada de qué avergonzarse. No hubo aquí dictaduras que vulnerasen el sentido convivencial durante generaciones; no

hubo pleitos raciales ni períodos esclavócratas; no hubo guerras fratricidas montadas sobre la consigna de la mutua aniquilación... La atmósfera de su política tuvo siempre un aire de diálogo, un matiz intelectual. Cuando aparece lo catastrófico social, en el sentido de la represión airada, sobreviene montado sobre aspectos económicos foráneos y obedece a aditamentos que **en sí** no son chilenos...

No tiene, pues, este país, en su andadura histórica, trabas fundamentales que le estorben la marcha. (Claro es que yo muevo estas palabras dentro de lo que se entiende por nuestra civilización económica, que supongo, todavía, remedia-ble). Chile puede aún salvarse, dentro de la relatividad de las salvaciones históricas, en cuanto éstas dependen de **lo nacional**. Es decir, puede salvarse si en lo convivencial-nacional logra la síntesis a que dejo hecho referencia haciendo inválidas ciertas dialécticas que, para los más, no suelen ser construcciones intelectuales sino fórmulas de la desesperanza o paliativos de la desesperación. Este es, para los cristianos, no para los que se evaden por el rezo sino para los que **se comprometen** con la inteligencia, el gran papel histórico aún reservado a la caridad. Para los otros dijo San Pablo: "Porque yo les doy testimonio que tienen celo de Dios, más no conforme a ciencia".

* * *

Y volvamos, que ya es tiempo, al "Padre Callampa" (a) P. Rafael Maroto, y a su población. Por todo lo que dejo arrojado, quería yo ver una de estas poblaciones. Pero no una ensimismada, embotada en su miseria admitida como una irremediabilidad del sino social, sino en lucha, en punto de partida, para superar su naturaleza fun- giforme y asentarse en limos de más duradera raíz. O sea, quiero asistir, por uno de sus bordes, al rumor de la pugna. Pido un cicerone informado y me presentan a un cura.

Este cura es ágil, joven y claro como un chico. Alma de niño trasparece también en sus ojos azules. Su desgaire moceril se acentúa con el hecho de ser simsombrerista —para el caso, sintejista y sinmanieísta.— Lleva la ropa mínima para ser cura —se ve de inmediato que es cura hacia adentro— y su sacerdocio gozoso, como deportivo, que así debe ser, le anda bailando en los ojos de agua y en las manos llenas de una indecisa agitación que no se sabe si va a resolverse en bendición, caricia o faena menestral, pues para todas estas cosas parecen andar buscando faena. Lo que sí se adivina es que no blandirán jamás sobre la grey la clava fanática ni asperjarán sobre

ella la lumbre del que condena las almas sin haberse antes ocupado de la tarea de salvar los cuerpos en que anda implícita. En Chile hay muchos curas así. Más que en las iras escriturarias o que en los tejemanejes escolástico semejan haber apacentado su caridad en la lírica colina de las Bienaventuranzas. Yo que soy bastante tragacuras, como es notorio, en Chile soy amigo de muchos, porque los veo tan horros de soberbia palabarrera y teologal, como empapados de afición humana y de apetencia de riesgo y de trabajo; que también se puede ser tragacuras por amor a Cristo. A éste que digo, le llamo no P. Maroto, que el nombre pasó a alias, sino P. Callampa. Y cada vez que se lo llamo, le tiembla en los ojos la alegría como si lo condecorase con la palabra.

Con él me voy a la población "La Legua", cabeza de la nueva parroquia de San Cayetano, en los extramuros, después de unos barrios polvorientos o encharcados, según el humor de las temporadas celestes, pero siempre penosos de transitar. Este día es de llovizna, como si lo hubiesen preparado escenográficamente, porque el sol es gran prexenefa y simulador, y el muladar de Job resultaría más inadmisibile si el ámbito sufriente del paciencizado hubiera estado en el lodo... El P. Callampa me guía por su laberinto donde "viven" 12.000 almas. "Buenas tardes, Padre", "buenas tardes, Padre". El saludo le rodea como una salmodia cariñosa. Sale de labios de los niños de pie desnudo y ojos aún confiados; lo dicen las mujeres, deteniendo un instante el quehacer o el comadreo; lo pronuncia, como oblicuo, el hombre de "otra ideología" que no sabe cómo reaccionar contra esta mansedumbre, contra esta abnegación. Yo voy vi- viendo una vez más, esta vía crucis del alma en cada mirada que penetra, como avergonzada de sí misma, en los tabucos, en los alpendes misérrimos, en las cien tristezas que aquí fragmentan el escándalo.

La esperanza, empero, abre ya aquí sus reman- sos, sus formas prácticas, la "posibilidad" por donde se sale del callejón sin salida de la fatalidad. El cura me muestra el socavón de detritus cegado por el trabajo colectivo, en el que empieza a dibujarse una plaza que reflota a los niños del hondón de la basura para traerlos a superficie de sol, de juego. Algunos trabajadores van aupando los ladrillos, domingo a domingo, para que la callampa eche raíz en tierra que aún es de nadie, que aún está en ve- remos y que aún el Fisco puede reivindicar para su frecuente estupidez. Las flores lujo también del pobre, asoman por el borde del ex utensilio culina- rio o de lata que trajo el aceite, y un arbolillo surge por allí con aire de "buenos días". Si, la gran si-

miente de la esperanza empieza aquí a echar sus grumos, por ese lado por donde la voz de Cristo debiera ser declarada de utilidad pública. Porque en este crecer y en este aferrarse, no hay el lenguaje de la "solución de los problemas", sino el rumor conjunto de la fraternidad que es una de las formas más bellas y hondas de la caridad. La voz del cura llamó al corazón de unos y otros, donde siempre hay un Lázaro que semeja muerto —asesinado, sería mejor decir— pero que apenas está dormido. Y las voces contestaron hasta el límite donde el relapso de la "ideología" o el contumaz de la vagancia y el vino se defienden en posiciones que, dentro de sí, saben que son indefendibles.

* * *

El laberinto se arremolina frente a una casa —¿a una casa?— que pretende sacar pecho, con un gesto de inocente principalía. Y allí, desde una ventana todavía sin vidrios, todavía sin marcos, (los todavía tienen en labios del cura una seguridad contaminante) el cura, consecuente con los arcaicos fundamentos de su oficio, se entrega a una operación de magia. Mirando hacia el vacío, sus manos y sus palabras van haciendo surgir ante mí cosas que materialmente apenas tiene existencia, o que ofrecen la mínima para no esfumarse después del ensalmo.

—Allí tenemos el Policlínico y al lado el Consultorio Odontológico.

—¿Dónde?. Sigo la línea virtual del índice que cae sobre dos chavolas descansando en la monda tierra. Miro hacia el cura; continúa serio. No hay duda, allí hay Policlínico y Consultorio.

—**Todavía** no tenemos esto y lo otro; pero ya tenemos medicina general, pediatría, ginecología y obstetricia, enfermería con servicio diario... Allí se da alimento a los niños a precio de costo y gratis en casos de necesidad... Aquello es una cooperativa de ahorros que ha hecho préstamos ya por 700.000 pesos...

—¿Eh?

—...un consultorio jurídico...

—Supongo que será para pleitear con la Divina Providencia...

—...servicio social, dos centros de madres, dos pre-escolares, cooperativa de consumos, economato para artículos de primera necesidad, dos centros familiares...

—¿Y la cancha de "golf" dónde la tienen? El Padre Callampa sonríe y continúa: El policlínico definitivo será aquí en ese edificio (cuatro paredes tapadas con calamina) cuando podamos terminarlo. Este se levantó con 200.000 pesos que me dió

el obispado. Pero tal como está ya rinde servicios inapreciables.

—¿Y cómo lo sostiene?

—Algunos médicos vienen gratis. Otros que no pueden atender gratis "porque tienen también sus necesidades" (sic) cobran tres pesos por la primera consulta. (¡Tres pesos, santo Dios, el precio de dos cajas de fósforos...! Debe de existir en Chile un ascetismo facultativo...). También tenemos atención diaria a domicilio... Claro, Ud. se sonríe ante estas grandes palabras que parecen coincidir tan poco con la realidad: Policlínico, Centros sociales... ¡Pero si Ud. hubiera visto lo que era esto antes! añade el cura con la voz empapada de modestia, de tristeza y un no sé qué de protesta sofrenada.

—¿Y esto dónde estamos qué és?, digo afirmándome en unos maderos claveteados a la buena de Dios.

—Esto es la casa rectoral. Sigue la magia. La casa rectoral es una casa de tablas "donde toda incomodidad tiene su asiento", y el denunciado enfáticamente como "despacho parroquial" es un pupitre segregado por la escombrera y un juego de sillones —porque de algún modo habrá que llamarlos— desfondados y despellejados, cuya única opción real sería la de ir a parar a las manos de los barrenderos... Luego la "sala de reuniones" que consiste en tres bancos adosados a los paredes y en una mesa presidencial con tres sillas, todo ello tembloroso de manquedad y de cojera. Las paredes son los ladrillos montados al aire, con su arista mellada y su fealdad triste, y el ruido viento cordillerano mete su filo por las junturas de puertas y ventanas sin que lo mitiguen estufa o brasero alguno.

—¿Y Ud. vive aquí?

—Claro. Voy a comer a casa de mis padres, pero aquí vivo. ¿Dónde si no? Al pasar atrapo con una mirada lateral el "dormitorio" del cura y se me encojen el corazón y las palabras.

Debajo de todo este esplendor se halla la consecuente iglesia. En tal continuidad advierto hasta qué punto la obra del Padre Callampa es sincera. Dios no resultó aquí preferido y está sujeto al régimen igualatorio de la pobreza general. Los fieles se arrodillan en la tierra y una campanita enarbolada en unos barrotes echa por el aire su clara lengua convocante, invocante. La sensación es de un primitivismo casi pintoresco, de días puros y fundacionales de la cristiandad. A mi me trae a la memoria la de un cenobio del siglo IX labrado en la roca soterraña y montañera —San Pedro de Rocas—, en mi obispado y provincia. Las cosas tienen aquí la misma desnudez primaria,

igual pobreza, idéntico gesto de lucha —en el cenobio hacia dentro del alma, aquí hacia fuera— semejante afirmación de la fe en sí misma, ensimismada, sin auxilio fácil que en el orden sensorial la ayude con las pompas y gualdrapas de la liturgia lujosa. ¿Cómo se recortará, las mañanas del domingo, en este aire de ensañamiento proletario el luminoso perfil de la Hostia alzada? ¿Cómo sonarán aquí las palabras del salmo de Pascua; "...que levanta de la tierra al necesitado y eleva del estiércol al pobre para colocarlo con los Príncipes...?"

* * *

Salimos de allí bajo el aire lijado del anochecer, entre las cenizas de la invernía aún más apesadumbradas por el crepúsculo, pisando lodo...

Las gentes acogidas a los tabucos de tabla y lata, iluminan su pobreza pacificada por la esperanza —¡con qué pocas migajas del rico podría nutrirse la esperanza del pobre!— en torno a la mesa familiar, bajo el ruedo sedante de la lámpara familiar. Por la penumbra vienen, cansados, los hombres de sus faenas lejanas.

—¡Buenas noches, Padre...! ¡Buenas noches, Padre! Y un grupo de niños: "Buenas noches, Pa-
crecito".

Cuando salimos a la llamada civilización —se llama así a una mezcla de asfalto, de premura y de estupidez— el Padre Callampa hurga en su magra escarcela, bajo la sotana empardecida por

el uso, y me convida a un taxi. Se ve que me da trato de visitante excepcional.

—¿Qué le pareció? Algo se hace aquí, en Chile ¿verdad?

—Sí, Padre, sí. Aquí, en Chile, se hacen hombres como Ud. Hombres sobrevivientes a través del cura, del ideólogo, del jurista, del técnico; hombres permanentes a través de la pedancia profesional y de sus deformaciones y esclerosamientos. Y cuando un país, entre las infinitas argucias del quehacer político —que casi siempre es un hacer que hagamos—; de la hipocresía de las "soluciones sociales" y de las mendacidades criminales de una fe sin obras, puede permitirse el lujo de hacer hombres como Ud., o de no estorbar que se hagan a sí mismos, hay derecho a esperar muchas cosas. Los países se salvarán en razón directa de la cantidad de hombres que se salven de la atribución de infalibilidad conferida a las leyes, a los dogmas, a las técnicas, a las "soluciones" y a toda otra letra muerta de la llamada civilización. Todo eso son "las cosas". Y si no volvemos al hombre, las cosas terminarán por engullirnos. Ustedes, los sacerdotes de Cristo...

Estamos en la zona iluminada. El Padre Callampa se ha puesto colorado y se ha encogido, sin duda para ofrecer menos blanco al impacto de la alabanza, aunque ésta aparezca tan diluída en la inofensividad de las ideas generales. Me parece cruel continuarla...

Y fué en aquel punto mismo cuando concebí la idea de esta crónica, que escribo a un año de distancia y de la que no podrá defenderse.



ANATOMIA DEL PARTIDO COMUNISTA *

Por Harry SCHWARTZ

La accesión de Georgi M. Malenkov y otros directores del partido comunista ruso a los más altos cargos del gobierno en la Unión Soviética confirma otra vez el dominio del partido sobre el estado soviético. Con más claridad que antes, la reorganización que ha cambiado de puestos a los directores del estado y del partido desde la muerte de Stalin no deja lugar a dudas de que a ambos organismos los gobierna un directorio entrelazado cuyos miembros derivan su poder de su posición en el partido y de la maquinaria comunista que tienen en sus manos.

Establecido lo anterior, se necesita conocer la naturaleza del partido comunista soviético para comprender los sucesos históricos de las últimas semanas y para tratar de predecir los acontecimientos futuros. Veamos, pues, cómo está constituido hoy el partido comunista en la Unión Soviética, quiénes son sus miembros, y de qué medios se vale el partido para dominar el estado.

Hoy día el partido comunista soviético es una asociación integrada por lo más selecto de todas las clases sociales. Se cuentan entre sus miembros, principalmente, los burócratas, que dirigen las funciones del gobierno; los directores de la economía; los "stakhanovistas" u obreros supereficientes; los ingenieros y sus ayudantes técnicos; los oficiales de las fuerzas armadas y la policía secreta; y los escritores, hombres de ciencia y otros intelectuales. Entre unos 7.000.000 de miembros que tiene el partido hay obreros corrientes y labradores, pero han obtenido sus puestos demostrando cualidades excepcionales, por ejemplo, valor durante la Segunda Guerra Mundial, o destreza y alta productividad en las fábricas o en las labores agrícolas. Es interesante anotar que la provincia de Moscú, centro geográfico del poder soviético, cuenta con el 10% de todos los miembros del partido aunque sólo alberga el tres o cuatro por ciento de la población del país.

Hubo una época, en los primeros años del régimen soviético, en que el partido comunista y el estado soviético eran organismos distintos. Entonces, el partido carecía de personal, especialmente de personal técnico, para ocupar los cargos especializados de las oficinas burocráticas. Entonces el partido dominaba al estado pero no había

penetrado tan a fondo en el personal del gobierno. Fué en aquella época que Stalin definió la misión del partido en la forma tan a menudo citada:

"El partido examina el trabajo de los organismos del gobierno y de los organismos de autoridad, corrigiendo los errores y las fallas inevitables, ayudándoles a ejecutar las decisiones del gobierno y tratando de garantizarles el apoyo de las masas. Esos organismos no toman una sola decisión de importancia sin recibir las instrucciones correspondientes del partido".

Hoy, sin embargo, el partido y el estado están amalgamados casi por completo, aunque no del todo. Símbolo supremo de esta fusión era Stalin, antes, y ahora Malenkov, en su doble capacidad de jefe máximo del partido y jefe de los organismos ejecutivos del gobierno. Sobre este particular carecemos de datos estadísticos, pero todo indica que es muy raro encontrar un solo funcionario de importancia que no sea también miembro del partido.

Abajo, en los planos ordinarios de la vida soviética, las organizaciones básicas del partido han sido por tradición los ojos y oídos de los directores comunistas y han gozado de extensa autoridad local. Dichas organizaciones llegan a más de 237.000 en las fábricas, fincas rústicas, escuelas, organismos del gobierno y entidades parecidas. El jefe local del partido goza de facultades para despedir a los directores de fábricas, a los presidentes de granjas colectivas y otros funcionarios, e influir decisivamente en la selección de sus sustitutos, o nombrarlos directamente. Cuando una fábrica no estuviese produciendo su cuota, por ejemplo, podría cambiar los gerentes y valerle de su influencia en el partido para conseguir las materias primas escasas. El jefe político de un organismo urbano o provincial era evidentemente más poderoso que el jefe de cualquier unidad local. Pero aún en las fábricas, el director no político sabía que tenía que agrandar al jefe de la unidad política local y jefe político en su fábrica si deseaba conservar su puesto.

Al producirse la extraordinaria expansión del partido, admitiéndose como miembros a todos los que constituyen la élite en los últimos años, se ha ido borrando la separación que había entre las masas del partido y sus dignatarios. Desde el año 1939 el partido ha cuadruplicado el número de sus

(*) Reproducido de *The New York Times Magazine* del 22 de Marzo de 1953.

miembros. Hoy día la unidad política del partido comunista en las fábricas es probable que incluya al director y sus ayudantes, y que éstos la dominen. Si no hubieren cumplido con sus deberes y temieren el castigo, se encuentran en posición de acallar las críticas del partido y de conseguir que el partido les cubra sus faltas y abusos. Se observa hoy más que nunca el sentimiento de solidaridad entre el partido y los directores del estado siendo mayor el roce social entre ellos, mayor el número de casamientos entre sus hijos, y más tangibles las pruebas de sociabilidad.

En el Décimo-noveno Congreso del Partido Comunista, llevado a cabo en octubre de 1952, se observaron pruebas irrefutables de que los directores del partido estaban seriamente preocupados con el fenómeno de carácter social. En dicho Congreso, Malenkov apareció por primera vez como presunto heredero de Stalin al actuar en vez de éste como relator del Comité Central. La existencia de millares de camarillas locales en todo el país, cada una tratando de proteger a sus miembros contra las iras del Kremlin, debilita el poder de los dignatarios políticos. También provoca la ineficiencia, puesto que la amistad y el nepotismo pasan a ser los factores que determinan los nombramientos para los cargos principales del partido y del gobierno.

Con el propósito de combatir las camarillas locales, el Congreso hizo más estricta la disciplina del partido, estableció en todo el país una red de inspectores del partido bajo la dirección exclusiva de Moscú, y aprobó un reglamento del partido que obliga a todo miembro a servir de delator y a informar de las faltas o deficiencias de que se entere aunque tenga que llegar hasta el Comité Central, si fuere necesario, para conseguir la corrección de los abusos. Por esos medios los hombres que gobiernan el partido esperaban mantener su dominio sobre los de abajo tanto en el partido como en el gobierno.

Los últimos sucesos han demostrado que, a pesar de estas fallas en los cimientos, el partido comunista sigue siendo la institución central de la sociedad soviética. Sus directores tienen ahora el monopolio del poder político y gubernamental. Su ideología es una "verdad sagrada" que es obligatoria para todo el pueblo soviético. Sus filas cuentan con un número considerable de los más hábiles y mejor adiestrados elementos de la población soviética. Para los ambiciosos, el ejemplo de Malenkov es testimonio de que hay que ser miembro del partido y contarse entre los directores para asegurarse el camino hacia el progreso y la

promoción en todos los aspectos de la vida soviética.

El que aspire a ingresar en el partido no puede presentar su solicitud de admisión a menos que varios miembros le patrocinen y estén dispuestos a garantizar su lealtad, habilidad y carácter. Tales recomendaciones no se consiguen con facilidad porque los que las dan están obligados a responder personalmente de la conducta y eficiencia del recomendado. Por lo regular, los aspirantes han sido por diez años o más miembros de una de las organizaciones para la juventud, por ejemplo, la Asociación de Exploradores Jóvenes o la Liga Comunista de Jóvenes; pero aún así no se les admite inmediatamente. En lugar de aceptárseles se les mantiene como candidatos por varios meses, que a veces se prolongan hasta un año o más, y no se les admite hasta que la unidad del partido decide que su trabajo como candidatos justifica su ingreso.

Para comprender mejor la naturaleza del partido comunista vamos a tratar de describir a un miembro típico del partido, recomendado, no obstante, que el partido comprende muchos tipos y grupos distintos en sus filas. Se trata de un hombre que reside en la ciudad, puesto que las mujeres y los campesinos constituyen menos del 40 por ciento del partido. Su edad está entre los 38 a 43 años. Su instrucción académica es algo más que la ordinaria, habiendo cursado la escuela secundaria y, tal vez, algunos estudios universitarios. Como la mayoría de sus compañeros, ha sido miembro del partido por menos de diez años. Es probable que sea un funcionario de mediana clase en el gobierno, capataz en una fábrica, o técnico y que gane entre 1.000 y 2.000 rubros al mes, es decir, más o menos dos o tres veces lo que ganan todos los obreros.

La circunstancia de pertenecer al partido le da ciertos privilegios especiales en su trabajo diario. En el grupo en que trabaja directamente debe demostrar sus cualidades de jefe y su iniciativa para buscar los medios de hacer el trabajo con mayor eficiencia, mayor prontitud y menor costo. En la hora del almuerzo y en las reuniones sociales hace el papel de agitador, explicándoles a los obreros las últimas tendencias doctrinarias del partido, exhortándoles a que trabajen con mayor eficiencia, y tratando de levantar su entusiasmo y de infiltrarles la lealtad hacia el gobierno.

Como miembro del partido, es un soldado de fila, sujeto a la disciplina del partido y a órdenes que le dejan muy poca libertad. Tiene que asistir a las reuniones del partido y mucho que estudiar. Constantemente tiene que mejorar sus conocimientos

tos sobre las doctrinas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Tiene que enterarse bien de los sucesos de actualidad, sobre todo, las tendencias doctrinarias actuales del partido. Con toda probabilidad, asiste a algunos de los cursos que se dan en la escuela del partido en su localidad. Así pues, tiene que asistir a las clases en que se le adoctrina y tiene que rendir los exámenes.

Pero aparte de este régimen ordinario, hay otras tareas que el partido le asigna y que requieren tiempo. Su edad le capacita para servir como instructor militar de la población civil y como miembro de la organización encargada de la defensa de la población civil. Puede que tenga que ir en un camión, con otros miembros del partido, de casa en casa para recoger la chatarra o metal viejo que necesitan los hornos de una fábrica de acero o de cobre cercana. Puede que se le asigne a un grupo de "inspección" de una fábrica, restaurante o departamento en la vecindad, para determinar la calidad del trabajo, sin previo aviso a la gerencia del establecimiento.

Sin embargo, las labores y obligaciones adicionales que se le imponen al miembro llevan consigo alguna remuneración substancial. Por un lado, su prestigio social adquiere relieve automáticamente. A pesar de ser un simple soldado de fila, ha pasado a ser uno de "ellos" —uno de los que gobiernan la nación. Los círculos sociales, que se mantenían cerrados para él, se le abren ahora como por obra de magia, y en las reuniones del partido se roza con la "élite" de su localidad. Sus antiguos amigos —los que no son miembros del partido— no le tratan ya con la misma camaradería y se guardan más de hablar cuando están con él; pero consideran su amistad más importante que antes, puesto que se halla en condiciones de hacer favores y de hacer uso de su influencia.

También goza de otras ventajas de mayor tangibilidad. Si está tratando de conseguir un ascenso, en competencia con personas que no pertenecen al partido, la ventaja de que goza es clara. Si quisiera ser admitido a alguna escuela especial que le prepare para un cargo mejor, la recomendación del jefe del partido le será muy valiosa. ¿Qué quiere un departamento en un edificio nuevo que se va a ocupar pronto? Pues le basta dirigirse al encargado de la distribución de los departamentos, quien probablemente es miembro del partido. ¿Que existe el peligro de que su hijo sea reclutado para aprender un oficio y asignado a las minas de carbón? Pues no tiene más que recurrir al comité de reclutamiento donde probablemente haya algunos miembros del partido conocidos suyos, a los que será fácil hacerles ver la indigni-

dad de negarle al hijo de un miembro del partido la oportunidad de asistir a la universidad y adquirir una carrera.

¿Cuál es el futuro del partido comunista? Siempre que Georgi Malenkov tenga la autoridad, hay una cosa muy cierta: el número de miembros del partido no aumentará sino con mucha lentitud en los años próximos. Esto presentará un contraste marcadísimo con lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella, puesto que entonces los miembros fueron admitidos por millones porque Stalin quería asegurarse la lealtad del pueblo y para ello hizo del partido una organización de las masas.

En su informe al último Congreso, Malenkov justificó la política reciente de limitar la admisión amparándose en que muchos de los miembros nuevos no conocían bien la doctrina política, habiéndose mermado "hasta cierto punto la calidad de los miembros". Sin embargo, había otra razón que Malenkov se cuidó bien de no mencionar: que para que la "élite" pueda conservar su situación privilegiada tiene que limitarse a un grupo relativamente pequeño.

La evolución del Partido Comunista Soviético, al transformarse de una pequeña banda de revolucionarios leninistas consagrados en un conglomerado de burócratas de carrera, ansiosos de promoción, ofrece un ejemplo excelente de la verdad contenida en el aforismo de Lord Acton sobre la influencia corruptora del poder. La analogía dista mucho de ser exacta, pero hay una semejanza clara con la historia de la nobleza zarista en Rusia. Los señores feudales de los primeros tiempos recibían tierras y siervos a cambio de sus servicios al Zar, al igual que hoy, los privilegios concedidos a los miembros del partido se otorgan en pago a los servicios que le prestan al Kremlin. Pero en el año de 1762 la nobleza se deshizo de la obligación de servirle al Zar en la corte o en el ejército y no renunció a sus tierras ni a sus privilegios. La rotura de esos vínculos sentó la base de la decadencia del poder imperial años más tarde, lo cual puso a la Rusia Zarista en la ruta que la llevó a constituirse en la Unión Soviética contemporánea.

¿Se repetirá la historia? El pasado mes de octubre Malenkov y sus colegas dieron señales de que muchos comunistas están más preocupados con las ventajas de que disfrutaban que con las obligaciones que les impone su condición. La presión destinada a lograr mayor disciplina y devoción comenzó entonces, estando todavía vivo Stalin, cuyo régimen parecía capaz de prolongarse indefini-

damente. Hoy Stalin está muerto y la nueva camarilla de gobernantes depende del apoyo de las filas comunistas en todo el país, inclusive las fuerzas armadas y la policía secreta, para mantener su poder.

¿Es acaso dicho apoyo a la nueva sucesión compatible con los esfuerzos anteriores que tendían a sojuzgar el partido a la voluntad de sus jefes? Puede que la historia futura de Rusia dependa de la contestación a esa pregunta fundamental.

NOTA SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS POLITICOS DEL SOCIAL-CRISTIANISMO *

por Jaime Castillo Velasco

El social cristianismo, como toda doctrina en elaboración, se encuentra aún lleno de problemas. Esto significa que hay en su seno una serie de contradicciones que se expresan a manera de tendencias, concepciones, actitudes. Nos interesa aquí tomar las cosas justamente por el lado de una de éstas últimas.

Quien haya seguido el proceso del movimiento social cristiano en Chile, especialmente de la Falange Nacional, verá que allí se han entrecruzado constantemente dos actitudes: una de ellas supone cierta separación de todo lo existente, un rechazo íntimo del orden social y político establecido y, por lo tanto, un impulso de renovación completa. La otra, en cambio, tiende a suponer la validez del cuadro político-social y se mueve dentro de él con entera naturalidad.

Si se quiere ilustrar esto con un ejemplo, recuérdese el significado del famoso lema: más allá de derechas e izquierdas. No hay duda de que, para muchos, esta consigna tuvo un alto valor afectivo y se encuentra ligada a lo esencial del modo cómo ellos entienden aún el social cristianismo. Representaba justamente la actitud de rechazo, la exigencia de una imagen nueva, otro estilo, y métodos diferentes; en suma y sobre todo, con un distinto sentido total de la política. En cambio, para otros la profesión de este lema no pasó jamás de ser un modo de esquivar la realidad y sumirse en el abstencionismo. Ellos no sintieron la emoción revolucionaria de los primeros, porque su actitud descansaba en una perspectiva diferente. La realidad política —de derecha y de izquierda— no les parecía "mala", no era algo susceptible de reemplazo, sino sólo de modificaciones. En el fondo, aceptaban una especie de agotamiento político y se limitaban a buscar el mejor camino dentro de los ya ofrecidos.

Este problema tiene una inmediata resonancia en el de la acción. Fué justamente en nombre de ella que se hizo posible para el social cristianismo abandonar al tesis de la superación de derechas e izquierdas. La dificultad de mantenerla, sin caer en el estilo derechista o el estilo izquierdista, produjo un cansancio en los espíritus. La necesidad del compromiso con el mal se impuso ya, en forma de teoría política, presentada bajo el nombre de un "realismo" lleno de sensatez.

Ahora bien, si se miran las cosas superficialmente nadie dejará de encontrar razón a quienes propiciaban este compromiso como sucedáneo de la heroica "independencia" de los primeros tiempos. Los argumentos, como ocurre siempre que una discusión se traba entre personas de cierto nivel intelectual, fueron brillantes. Era, en efecto, muy difícil contestar la tesis de que los partidos deben poder actuar y, para ello, partir de la realidad misma. La práctica es, por naturaleza, un descenso de la especulación pura, un acomodamiento a los aspectos bajos. Resultaba difícil pues deducir que la actitud revolucionaria inicial (empleamos la palabra revolución en un sentido más interior que exterior) estaba en desacuerdo con la posibilidad misma de hacer política.

Este juego dialéctico entre las tendencias enunciadas ha provocado reacciones correspondientes. Aquellos que ven en el social cristianismo una especie de nueva moral y de nuevo estilo se desilusionan fácilmente tan pronto como advierten el fantasma del compromiso. Muchos de ellos obedecen simplemente a un hipócrita temor a la acción; otros, en cambio, pierden su fé sólo cuando ésta se desenvuelve en un plano excesivamente comprometedo para los principios mismos.

En cambio, aquellos que tienen por delante sólo la perspectiva del realismo inmediato se desesperan tan pronto como el partido deja de usar las oportunidades y los instrumentos mediante los cuales los demás acostumbran incrementar su clientela.

Digamos, por nuestra parte, que el social cristia-

* Con este artículo continuamos el debate sobre la situación y problemas del social cristianismo, haciendo notar, como siempre, que las ideas y juicios sostenidos representan los puntos de vista personales de quienes participan en esta polémica.

nismo no ha sabido siempre hacer la síntesis necesaria de ambas tendencias. Por el contrario, gastó con verdadera inconsciencia el tesoro de idealismo, de afectividad y de entusiasmo que le había dado vida y en vez de encarrilarlo fielmente en el mundo de la acción concreta, muchos de sus partidarios hicieron todo lo que debía llevar al aplastamiento de tales tendencias.

Aquí como siempre, el argumento irónico, el raciocinio basado en la realidad inmediata, el supuesto "antiangelicismo" tenían que ser destructores. Porque, en efecto, nada es más difícil que construir una nueva fe, pero, mientras no se ha llegado al extremo del fanatismo, nada es más fácil que derrumbarla. En un ambiente político más o menos corrompido, la tarea de los demoleadores encuentra muchos hechos cotidianos para apoyarse y entonces mantener el heroísmo es una empresa sin posibilidades. Esta táctica de derrumbamiento interno fué de hecho llevada a cabo, aún con buena fe. El social cristianismo perdió de este modo un prestigio de orden ideal que había sido una poderosa palanca en sus comienzos y que de hecho seguía siendo indispensable. *

De este enredo, los militantes social cristianos no se han podido librar aún. Cada cuestión práctica plantea irremisiblemente dos actitudes cuyo hilo interior ha de buscarse en el sentido de la actitud con que cada uno enfoca el problema. Pero, ello no aparece en la superficie de los puntos debatidos y, por lo tanto, la discusión misma se hace inagotable.

En cuanto a nuestra opinión sobre la materia, queremos indicar que no podríamos concebir el social cristianismo sino como una acción cuya finalidad es alterar de un modo fundamental los modos de vida política y muchos de los valores vigentes. La actitud de "separación" es así indispensable, y por de pronto correspondiente a la idea de "una nueva Cristiandad"; esto es, una etapa de civilización cristiana que supere los marcos del mundo actual. Ello no significa un alejamiento de los problemas prácticos, así como tampoco significa eso para los revolucionarios marxistas. Quiere decir tan sólo que es preciso mirar la acción presente como un modo de construir el futuro. Que viene a ser lo mismo a que aludía no hace mucho Javier Laqarrigue al hablar de una cierta "calidad de semilla" que debía ir implícita en toda acción política social cristiana.

* Creemos que todo este proceso se verificó, por ejemplo, en muchos aspectos del entendimiento sostenido, en los años de la guerra, entre la Falange Nacional y la Alianza Democrática. Fué también lo que ocurrió durante los últimos tiempos del Gobierno González Videla, en que los partidos social cristianos, especialmente el Conservador, no estuvieron a la altura de su misión.

Esta misma falta de lucidez para elegir entre la "separación" y el conformismo nos lleva a otro punto que nos parece vital.

El social cristianismo es hasta ahora una doctrina que no ha sabido encontrar grupo social por el cual luchar. Parecerá a muchos una doctrina sin cuerpo. Es, en síntesis, el problema de la lucha social. ¿A quién defendemos en este combate? Si se examina la conciencia de los cristianos, se verá que sus actitudes varían mucho. Para algunos, se trata de sostener al proletariado. Para otros, el objetivo es suerar el clasismo marxista. Para otros, en fin, se trata de la nación como un todo. Los primeros serán, y han sido, acusados de "proletaristas". Ellos a su vez dirán que los demás son reaccionarios o moderados impotentes. El problema se hará bastante serio en la práctica, tan pronto como haya que resolver un conflicto obrero o una política sindical. La falta de unanimidad para enfocar ciertos problemas, tales como las huelgas ilegales, las peticiones aparentemente exageradas de los obreros, etc., son efecto de lo dicho.

En el hecho, pues, el social cristianismo no toma posición en el problema social ni es ubicado en uno u otro de los bandos más o menos discernibles que se enfrentan. La situación resulta seria para los obreros. Ellos actúan en un medio en que el clasismo es un hecho vivido. Pero he aquí que no tienen una concepción más fuerte que ésta y que los libre de la "teoría" oficialmente profesada por muchos dirigentes social cristianos sobre la "armonía de clases".

Debemos decir a este respecto, que la mentalidad de derecha ha jugado un papel de primera importancia en el sentido de confundir las cosas. Para ella, toda defensa de los obreros, en cuanto sectores sociales con intereses contrapuestos a los de otras clases, es puro marxismo y, por lo tanto, herejía. Con esta argumentación burda han conseguido hacer vacilar la opinión de muchos y debilitar su acción.

Pues bien, la necesidad de que la doctrina social cristiana se inserte en el conflicto real de un modo eficaz resulta, a nuestro juicio, ineludible. ¿Cómo conseguirlo?

Según nuestra manera de ver, se impone aquí una crítica profunda y comprensiva de la teoría marxista de las clases. Para ello quizás podría servir la sugerencia que indicamos.

El marxismo supone que la sociedad se halla dividida en clases. Los intereses de cada una son la clave de la historia. Todo acontecer es explicado como intervención de una de estas dos entidades a que se reduce el mundo capitalista: burguesía y proletariado. Hay de hecho dos personajes en la his-

toría. En vez de una lucha entre seres humanos y grupos de seres humanos, se produce tan sólo un encuentro de ambos personajes. Uno de ellos tiene la razón y contiene el porvenir. El otro es un mero resistente, destinado a perder. De allí que sea fácil tomar siempre el campo de la clase proletaria y suponer que basta tal condición para encontrarse con la verdad, la justicia, el amor y todo lo que se quiera.

Sin embargo, esta teoría no responde a la experiencia de los propios partidos marxistas. Ellos hablan en nombre del "proletariado", es decir, de una masa que se supone homogénea, con conciencia de sí misma, con intereses idénticos, con enemigos comunes, etc.

La verdad no es esa. El proletariado real es una vasta multitud de hombres sin nexos entre sí, sin previa conciencia revolucionaria, sin identidad de objetivos. El "proletariado" de hecho ha de ser **creado** por los propios partidos marxistas. Ellos necesitan insuflarle "conciencia de clase" y proceden a su respecto como con un mito. La verdad podría resumirse en que el "proletariado" es una realidad en potencia que llega a ser algo existente sólo por la acción de la idea, de la voluntad, de la práctica política. En última instancia, por la obra de una **vanguardia**. Lenin definió al Partido Comunista como la vanguardia del proletariado. Con eso, reconoció que el movimiento obrero necesita la "élite", los jefes, la idea. La vanguardia convierte en realidad social lo que se hallaba en potencia. Los proletarios vivos y reales no llegan a ser "proletariado" sino por la voluntad de conferirles esta calidad.

Esto significa pues que el mero clasismo queda superado. La lucha no está trabada entre dos clases sociales, sino entre vanguardias de multitudes que pueden llegar a convertirse en **clases** capaces de luchar, pero que en una proporción abrumadora no lo son aún. Un partido es el portador de una idea sobre la forma cómo una **clase** puede ser hecha. O en otras palabras: de cómo se convence a los ciudadanos de que luchan por determinados objetivos, sobre la base de una filosofía del hombre y de una moral. Naturalmente, tales objetivos, se hallarán siempre asentados en una cantidad de hechos materiales, sufrimientos, necesidades, problemas. Sin el partido, nada de eso toma la consistencia combativa de la "clase", la cual sobrepasa siempre los marcos de las divisiones económicas rígidas. *

* Si los marxistas actuaran conforme a su doctrina de la lucha de clases, se ocuparían sólo de hacer prosélitos entre los obreros. De hecho, no es así y ello ocurre porque se ven forzados a confesar que la realidad sobrepasa el marco de la teoría.

Lo anterior, de ser exacto, podría mostrar que no es necesario recurrir al marxismo teórico para explicar la historia ni para actuar en la vida social. Mostraría también que el problema no consiste en superar la lucha por una armonía de clases, que en la realidad vigente no pasa de ser sino un deseo sin fundamento. Mostraría, en fin, que se trata de formar una vanguardia de hombres en profundo contacto con la realidad humana, dueña de un poderoso sentido de los valores morales comprometidos en la lucha, dispuesta a combatir en favor de los intereses legítimos amagados por la estructura social vigente y con una inmensa capacidad para amar al hombre concreto, más allá de dogmatismos, prejuicios y aún de cierto tipo de demagogias o mentiras. Una vanguardia así será la vía de la transformación, asimilará hombres duros y capaces de todos los sectores actuales y realizará eso que los marxistas llaman la sociedad sin clases y a que los católicos han dado el nombre un tanto envejecido de "redención del proletariado".

De este modo también, el social cristianismo no será una palabra que se aplica a cualquier cosa, a cualquier grupo o partido, a cualquier sentimiento vago y aún a cualquier directiva necesitada de remozar su presentación externa. (*) Será un puesto en la lucha social, representará el avance de las fuerzas que están rompiendo las estructuras antisociales, será obrera sin destrozar la concepción humanista de la vida, será poderosa sin tener que utilizar la violencia y la muerte como sus mejores armas.

Tomar plena conciencia de ello es lo que diferenciaría a un partido social cristiano de un partido marxista, el cual no puede de hecho, sin contradicciones, sin engaños ideológicos, sin el uso de la mentalidad autoritativa, hacer coincidir el exclusivismo clasista con la defensa de sus concepciones humanas últimas.

Nos parece asimismo que de aquí surgiría con mayor claridad la idea de una estrategia de acción y de convencimiento, capaz de atraer y de servir, capaz de encontrar al hombre en todas partes, de modificarlo por dentro y hacerlo rendir sus energías más valiosas. Uniría mejor, en suma, los ideales universales de humanidad, patria, nación, etc., con los conceptos de clase, de lucha, de injusticia, de opresión, etc.

Las reflexiones anteriores nos llevan quizás a

(*) Estos conceptos pueden aplicarse, a nuestro juicio, a la forma cómo buena parte de los conservadores, por ejemplo, han entendido el social cristianismo.

señalar algunas necesidades prácticas del momento.

En primer término, una toma de conciencia del carácter de "separación", es decir, rebelde, del social cristianismo zanjaría una serie de problemas cotidianos, tales como el modo de comportarse ante las solicitudes gubernativas, las oportunidades para ingresar o salir de los Gobiernos, el uso de los instrumentos de poder, las exigencias que se formulan para participar en acciones comunes y, sobre todo, acerca de las perspectivas a largo plazo que podrían diseñarse. Ella mantendría asimismo muy elevado el tono moral del Partido y evitaría los estragos del realismo fácil, el cual no consiste en otra cosa que aceptar las comodidades de la corrupción presente a pretexto de que "no hay nada que hacer" o de que "las cosas son así". Se debiera, por el contrario, tener la certeza de que no hay social cristianismo sin una dureza heroica y un combativismo que no da treguas.

En segundo término, una toma de conciencia del carácter de vanguardia social resolvería una multitud de pequeños escrúpulos falsamente morales o doctrinarios con los que se enfrentan hoy los social cristianos. Al mismo tiempo, empujaría a una acción que abordara de lleno y en totalidad los grandes problemas sociales del país. No podría ya continuarse llamando "social cristianismo" una posición que insiste en mantenerse en el "centro", que de hecho no sabe seguir el ritmo profundo de las exigencias nacionales, que teme modificar las estructuras agrarias o las condiciones del proceso productor; en suma, que no representa ni moral, ni social ni psicológicamente el movimiento de transformación social. Ello llevará asimismo a un esclarecimiento inmediato de toda cuestión relativa a alianzas políticas o entendimientos con grupos que profesan también ideologías social cristianas. La mera adhesión verbal o sentimental a ideales doctrinarios debiera parecer del todo insuficiente. Porque el social cristianismo ha de ser considerado como una palanca mediante la cual se construye una sociedad nueva, desde abajo hasta arriba, y no como un mero reposo moral de dirigentes políticos para los cuales el compromiso con lo existente viene a ser la línea efectivamente seguida.

Digamos, para terminar que la imagen del social cristianismo a que aquí nos referimos podría caber dentro del concepto de "independencia". Sabemos que esta palabra se encuentra hoy un tanto comprometida y se corre el riesgo, al usarla, de sugerir ideas falsas. Pero, si nos entendemos

bien sobre ella, creemos que habrá un acuerdo más o menos claro. El social cristianismo es independiente de las finalidades doctrinarias últimas y de los métodos de los demás partidos. En efecto, su concepción económico-social se dirige contra las estructuras y las bases del capitalismo y también contra la idea de la socialización total a que tienden los partidos marxistas. Es pues independiente de ellos y, en última instancia, estaría obligado a sostener un combate tanto contra unos como contra otros. Pero, esto por cierto no significa que es también del todo independiente en la práctica y que ningún contacto puede sobrevenir dentro de la esfera de la política militante. Por el contrario, bajo las actuales condiciones de evolución social, se puede estar seguro de que la política socialista y la política social cristiana podrán marchar de acuerdo. Más aún, si ella fuese seguida con criterio de estadista por una y otra tendencia, creemos que el acuerdo sería perfecto. En consecuencia, a nuestro juicio, una de las tareas históricas de largo alcance es la de marchar hacia una "entente" que una a los partidos socialistas democráticos con los partidos social cristianos. Tal bloque tendría que superar muchos obstáculos, entre los cuales se hallaría tanto el prejuicio antirreligioso de los socialistas, como los escrúpulos de muchos social cristianos. Pero, si se llegara a comprender la necesidad de una unión semejante, nos parece que se constituiría la única fuerza, con base doctrinaria, con sentido partidista y con capacidad para obtener la confianza del país. Un bloque de esta especie podría encarar los grandes problemas nacionales, reformar nuestra economía y nuestra estructura social, despertar las energías nacionales, sin necesidad de poner de nuevo en primera línea ni el derecho, ni al radicalismo ni al comunismo. Los dos primeros porque representan intereses, mentalidades y sentimientos que hicieron su época y que hoy día imposibilitan una campaña de regeneración moral o material. El último por cuanto sus métodos políticos no se basan en un sentido sincero de la convivencia entre partidos. El comunismo colabora para dominar y oportunamente vuelca los acontecimientos de modo que en definitiva sea el único triunfador.

Naturalmente, un entendimiento como el que indicamos requiere un largo período de preparación y de convencimiento. No será posible sin que se produzcan diversos contactos provisionales con partidos que no entran en el cuadro indicado. Pero lo importante es que se marche hacia allá. De este modo, a nuestro juicio, la tentativa de unión social cristiana de que hoy se habla debe ser pen-

sada con relación al entendimiento que indicamos. No se trata sólo de que los social cristianos se unan, ni tampoco de que sean capaces de sobrepasar socialmente los marcos de una posición centrista como la que hasta ahora fué consecuencia de su colaboración. Se trata además de que miren desde ya hacia la formación de una fuerza gubernativa que refleje verdaderamente las necesidades de un gran problema popular, que eduque al pueblo chileno en la democracia y el progreso, que defina las posiciones y que realice de veras

el paso a una nueva etapa de nuestra historia. El Frente Popular, el centrismo radical-social cristiano y el ibañismo parecen haber fallado en esta empresa. Antes de un regreso definitivo al caudillaje, la dictadura de derecha, o una especie de permanente anarquía, nos parece que la alianza del social cristianismo y del socialismo democrático puede asegurar todo lo que el pueblo chileno todavía espera: esto es, una etapa de progreso madurado, sensato y realista, pero serio y siempre en permanente evolución.

DEMOCRACIA LAICA Y CRISTIANA *

por LUIGI STURZO

La democracia es nuestra concepción de un régimen político. Por lo tanto, somos demócratas. El adjetivo "cristiano" ha sido agregado primeramente por posición polémica, luego como clasificación partidaria.

La posición polémica, que hizo calificar la democracia como cristiana, provino, durante las varias fases de un siglo (1848-1948), de dos necesidades que apremiaban a los demócratas de fe católica: la de afirmarse como demócratas frente a los católicos "tradicionalistas", contrarios a las formas constitucionales más o menos democráticas, y la de diferenciarse de los demócratas "laicistas".

La denominación de **laica** dada a la democracia tuvo origen polémico: los católicos franceses acusaban a los radicales, que se jactaban de ser demócratas, de propugnar la separación de la Iglesia y el Estado, no por puro espíritu democrático, respetuoso de los valores religiosos, sino por espíritu sectario, que es contrario por esencia a toda concepción democrática.

Así, durante el siglo pasado se formaron dos posiciones democráticas antagónicas, que fueron denominadas **democracia laica** y **democracia cristiana**.

Aquellos adjetivos de origen polémico no lograban definir a la democracia como régimen político, porque la lucha hacía insistir más sobre dos adjetivos que sobre el único sustantivo que habría encontrado el consentimiento de las dos alas políticas.

La **democracia laica**, como todas las concepciones que carecen de contenido positivo e indican tan sólo una posición negativa, se dividió en varias corrientes: liberal, radical, social y socialista; la **democracia cristiana** se fué consolidando en partidos que, a pesar de tomar diversas denominacio-

nes (partidos populares, populares sociales, democráticos populares, cristiano-sociales, sociales populares, unión cívica, democracia social), permanecieron unidos a la concepción del llamado cristianismo social.

Sin embargo, una de las condenas más graves que la humanidad ha sufrido desde Babel hasta ahora, es la de la confusión de lenguas; aún hablando el mismo lenguaje, no nos entendemos acerca del significado de las palabras.

Los señores demócratas "laicistas" creen ser descendientes directos de Rousseau, ser ellos los verdaderos demócratas y tener el derecho de llamarse demócratas **tout court**; los otros, los demócratas cristianos, llegados tardíamente al escenario político, son para esos falsos demócratas; más aún, demócratas espurios, que abusan del calificativo para encubrir su clericalismo".

Los demócratas de fe laica, poderosos hasta hace poco en Europa continental, hoy ya no lo son, aunque mantienen una posición de privilegio en la especulación intelectual, en la escuela, en el periodismo "independiente", en la economía doctrinal y práctica.

A menudo no se trata de anticristianismo; o por lo menos, no son todos anticristianos, a pesar de estar más o menos impregnados, conscientemente o no, de prejuicios anticlericales.

En el otro campo, no todos los demócratas cristianos han llegado a una concepción positiva e integral de la democracia, ya que muchas veces sus posiciones, sus métodos y las premisas teóricas de sus afirmaciones prácticas, no son o no pueden ser llamadas verdaderamente democráticas.

Pero hay un punto en el cual los "laicos" están en deuda y los "cristianos" son acreedores y es un punto cardinal: la **democracia verdadera** está

* Reproducido de "Relación", N° 8 de Abril de 1953.

impregnada de espíritu cristiano, mientras que la verdadera antidemocracia está saturada de espíritu laico.

LOS DEMOCRATAS "LAICISTAS"

Los laicistas se vanaglorian de su derecho de primogenitura en la democracia moderna, pero ignoran o niegan, o disminuyen a pesar de concederlo, el aporte dado por el Cristianismo a la democracia.

Para advertir este hecho, basta observar las sociedades paganas anteriores y posteriores al Cristianismo: no existió ni existe en ellas forma alguna de democracia. La excepción de Atenas fué única, por poco tiempo y tan sólo para una categoría de ciudadanos, con exclusión de los esclavos y los ilotas. En Roma fermentaron elementos democráticos en una sociedad de origen oligárquico y crearon una diarquía ciudadana, con exclusión de los no ciudadanos y de los esclavos.

La igualdad y la fraternidad humanas, sobre las cuales se puede construir una verdadera democracia, son nociones cristianas. Los laicistas deben reconocer esta primera deuda contraída con el Cristianismo.

No faltan laicistas que lo admiten, pero éstos replican que históricamente la democracia moderna se afirmó contra la Iglesia, que en el siglo XVII estaba ligada al absolutismo de las monarquías y se opuso a las libertades políticas sin las cuales no existe la democracia.

Es verdad que muchos católicos del siglo de las luces preferían las teorías absolutistas de Bossuet a las populares de Belarmino, Suárez y Mariana, pero también es cierto que el absolutismo monárquico-eclesiástico culminaba en Francia en el galicanismo jansenista y en Austria en el febronianismo áulico, ambos combatidos por la Iglesia, aunque no en cuanto ideales políticos.

Estos laicistas, al buscar un punto de apoyo, llegaban al derecho natural y por él al autor de la naturaleza, Dios (eran todavía cristianos o simplemente teístas); tan sólo así pudieron asegurar la validez del trimonio de libertad, igualdad y fraternidad de la nueva democracia.

El crédito de los demócratas laicistas hacia el Cristianismo quedaba, pues, en el fondo de su misma teoría, mientras la deuda de los demócratas cristianos hacia los laicistas era solamente histórica.

Por desgracia, frente a laicistas al estilo de Washington o Jefferson, que afirmaron la libertad como don de Dios, hubo quienes quisieron llevar los

principios de la autonomía humana —cuya flor es la libertad—, hasta negar cualquier dependencia de Dios.

Pero ¿qué puede sustituir a Dios sobre la tierra? ¿Acaso el hombre? Si se afirma la naturaleza se llega siempre al hombre.

Desgraciadamente, naturaleza u hombre son nombres abstractos o genéricos; en la realidad hay hombres que nacen o mueren y hay una sociedad de hombres que se perpetúa en virtud del encadenamiento de las generaciones.

Si preguntamos en qué se debe concretar la sociedad para que pueda llegar a ser, como ellos creen, la plataforma de la actividad humana, los laicistas responden a coro: en el Estado.

Y he aquí antiguas y nuevas teorías estatistas, desde la idealista de Hegel a la positiva de Comte, desde la histórica alemana a la nacionalista francesa, desde la holchevisia de Lenin hasta la fascista de Mussolini y la nazista de Hitler.

El Estado fuente del derecho; el Estado voluntad colectiva; el Estado común; el Estado libertad... Gentile llegó a esto: la libertad existe en la dictadura porque el Estado asegura su propia libertad para todos.

El Dios de los cristianos ha sido sustituido, en un siglo y medio, por el Estado panteísta (no interesa la calificación) en el cual todos los hombres, fenómenos transeúntes, participan de la perennidad divina de la Idea, que tan sólo halla en el Estado su expresión definitiva. Los laicistas de esta postguerra no se preocupan de teorías sino de actitudes: la libertad fué conquistada contra el absolutismo monárquico, contra el clericalismo vaticano, contra el fascismo dictatorial, y ahora debemos defenderla (dicen ellos) de la Democracia Cristiana (y si se quiere, también del Comunismo).

¿En nombre de qué? ¿De los derechos humanos del 89? Aquellos habían crecido en un clima espiritualista y anti-estatal; hoy vivimos en un clima materialista y estatista. Los principios del 89, dejando aparte ciertas fórmulas, estaban dentro de la civilización cristiana.

Después de un siglo y medio de búsquedas y de experiencias, permanece siempre el dilema: o el hombre con Dios o el hombre sin Dios. El primero, la realidad; el segundo, una abstracción. Porque el hombre sin Dios no es más Pedro o Juan, sino tan sólo aquél principio abstracto que se llamará humanidad, Estado, democracia, comunismo, fascismo, nazismo, según los gustos de aquellos que —separados de Dios— luchan como Don Quijote con las sombras.

LUCHA POR LA VIDA Y LUCHA DE CLASES

Las formas concretas de la naciente democracia moderna, bajo la bandera laicista, pueden clasificarse en individualista y social. La primera tuvo un tinte liberal, la segunda socialista; ambas distanciadas de un pensamiento religioso, no obstante que la civilización moderna se nutre todavía con la linfa cristiana que circula en el mundo desde hace veinte siglos.

El trinomio "libertad, igualdad, fraternidad", extraído del espíritu cristiano en el cual tiene su origen, no podía mantenerse en pie porque uno u otro de los tres factores venía a menos según las circunstancias.

El liberalismo fué una reacción necesaria contra las ataduras económicas y políticas del viejo régimen y se desarrolló como un elemento concomitante del naciente industrialismo. Pero éste se apoyó en dos elementos que lo hicieron desviar de su posición reivindicadora de libertades: el individualismo antiorgánico, que violaba los principios de solidaridad humana proclamados por la cristiana "fraternidad", y el naturalismo más o menos materialista, que negaba la "igualdad" espiritual entre los hombres. Afloró entonces —y llegó a ser el tirano del pensamiento y de la actividad económica del liberalismo—, el principio de la "lucha por la vida y la supervivencia del más fuerte" ligado al ideal de progreso que se unió a las teorías evolucionistas.

Sin embargo, en esta lucha que, a pesar de existir como hecho no puede ser proclamada como teoría reguladora sin traicionar los principios de humanidad, los más débiles se hundían, tanto en la economía y en la política como en la misma escala social.

En esencia, la libertad fué monopolizada por un sólo grupo, bajo el principio del **dejar hacer y dejar pasar**; la igualdad fué negada de raíz y los obreros carecían hasta del derecho de asociarse; en estas condiciones, ¿quién podía hacer un llamado a la fraternidad?

Por reacción nace la teoría opuesta de la **lucha de clases**. El trabajo, unido y solidario, encaraba la lucha contra todos los tildados de burgueses; contra el Estado clasificado como burgués y capitalista; finalmente contra la sociedad misma.

La teoría de la lucha de clases afirmaba, más que la fraternidad entre los trabajadores, su solidaridad en la lucha. La fraternidad es humana y exis-

te entre todos; la lucha de clases divide a los hombres, desarrollando los odios, del mismo modo que lo hace la lucha por la vida. Por lo tanto, ¿cómo sería posible llegar a una igualdad humana, realmente tal, si perdura la lucha social y económica?

También la libertad está comprometida en ambos casos. Si la lucha no es moderada por la tolerancia, o mejor dicho, por lo que los ingleses llaman **fair play**, degenera en licencia y provoca las revoluciones sangrientas y los regímenes dictatoriales, como los que hemos padecido desde la revolución francesa hasta nuestros días en los países latinos, germánicos y eslavos.

Pero ¿no será imposible evitar tanto la lucha por la vida como la lucha de clases? La lucha no es quizás, en la vida cósmica como en la vida humana, un medio para el desarrollo de las energías? ¿O acaso el Cristianismo en dos mil años ha logrado dominarla?

De acuerdo: no es posible eliminar las diferencias humanas que se convierten en lucha, aún en las clases más elevadas. Pero una cosa es tratar de suavizar estos tristes efectos con el método de la libertad que presupone la tolerancia y con las medidas legales, políticas y económicas que llevan a la igualdad social y que atenúan las diferencias; con el espíritu —cristiano— de fraternidad, que colma las diferencias con el amor; y muy otra es agravar la lucha con teorías que la convierten en un principio activo, capaz de generar los tóxicos del odio y de las revoluciones. Si los demócratas "laicistas" se atuvieran al trinomio libertad-igualdad-fraternidad, profundizando su significado espiritual, vendrían al encuentro de los demócratas "cristianos".

Pero si el encuentro entre unos y otros fuera negativo, simplemente en el terreno del anti-comunismo, sin reavivar el espíritu humano —y cristiano— que debe animarlos, se caería fácilmente en la concepción anti-social del individualismo del siglo XIX con la bandera de la **lucha por la vida**, en áspera batalla con los otros, que mantienen en alto la bandera de la **lucha de clases**.

Por esto los demócratas cristianos, en el espíritu del Cristianismo, tienen por bandera el trinomio de la democracia moderna, queriendo una **Libertad** que no sea licencia; una **Igualdad** que no sea nivelación, por la supresión de las otras clases, en la dictadura del proletariado; y una **Fraternidad** que colme las deficiencias humanas con el amor hacia el prójimo, elevado y sublimado por el amor de Dios.



EISENHOWER Y EL COMUNISMO



"No teman ir a las bibliotecas y leer los libros. Así es como derrotaremos al comunismo. Sabiendo lo que es, tenemos que combatirlo haciendo algo mejor y no limitándonos a esconderlo".

He aquí unas palabras del Presidente Eisenhower

que parecen dirigidas a una buena parte de los anticomunistas del mundo entero y por supuesto también de Chile. Ellas no han sido comentadas de modo especial por la prensa de derecha, ya que el sistema de "ocultar el comunismo" es justamente el que ella practica.

En el fondo, no se trata sino de temor. Se puede abrigar la seguridad absoluta de que una fe convencida en las propias ideas no provocaría jamás esa tendencia a ignorar simplemente tanto la doctrina como la práctica del comunismo. La posibilidad de asimilar ciertas ideas o de tomar ejemplo de algunos hechos no presentaría mayor dificultad y, en cambio, se destacaría de modo claro aquello que las doctrinas marxistas o la historia del Partido pueden dar motivo para una crítica acerada.

Y nuestros anticomunistas inexpugnables deberían tener la seguridad de que la tarea es mucho más fácil de lo que ellos inconscientemente creen.

EL DICTADOR RHEE ORGANIZA MANIFESTACIONES

Un hecho que podría relacionarse con lo anterior es justamente el que ofrece el Gobierno de Sur Corea. Contra la propaganda insistente de los comunistas, ha venido a resultar que el señor Rhee era mucho menos títere de lo que se había dicho. No sólo se ha opuesto a la conclusión de un armisticio, sino que aún ha organizado manifestaciones como una democracia popular cualquiera. Ha sido la multitud coreana la que desfiló, por las calles de Seul, bajo el dictatorial Gobierno de Rhee, apoyando la causa de éste, amenazando al Gobierno nor coreano y levantándose contra la autoridad de la NU. ¿No vemos claro, en todo esto, que la posición comunista muestra una

insospechada debilidad? Si hubiese una propaganda que razonase como la suya, ¿no sería fácil decir que ellos se han coludido con los imperialistas yankees para aplastar al pueblo surcoreano? No contento con todo esto, Rhee ha libertado a 25.000 prisioneros norcoreanos, todos los cuales no quieren volver a su Corea natal. Rhee ha demostrado con esto que era falsa la pertinaz afirmación comunista de que no habían prisioneros que se negasen a regresar. El Presidente surcoreano tuvo suficiente confianza como para dejarlos libres. Ninguno de ellos se ha manifestado a favor del comunismo.

Pues bien, todo esto demuestra que el "mito" comunista es más débil de lo que se cree. No se trata de temerlo, sino de desenmascarlo. Tampoco es verdad que el régimen surcoreano sea un ejemplo de democracia. Pero, parece ahora evidente que las demostraciones callejeras, a que los comunistas recurren, no son un argumento infalible para creer que la unidad reina en un país. Cualquier dictador, aún como Rhee, puede despertar el nacionalismo y encontrar la manera de que las masas desfilen exaltadamente defendiendo su causa.

LOS QUEMA LIBROS Y LA OBJETIVIDAD EN LA INFORMACION



El discurso de Eisenhower, a que corresponden las palabras transcritas más arriba, se hallaba dirigido contra los "quema libros", es decir, contra aquellos que, por estar

suficientemente convencidos de que las obras marxistas dicen la verdad, no encuentran otra manera de combatirlos sino echándolos a la hoguera o prohibiéndolos.

Sobre esto, el periodista de "El Siglo", Juan de Luigi, ha escrito algunas palabras muy bien inspiradas. Después de recordar el caso Galileo, ha dicho: "A más de tres siglos de distancia... es inconcebible la persecución a los libros, su incineración o su prohibición... La Libertad y la verdad no necesitan incineraciones".

Todo ello es verdad. Pero, si se quisiera polemizar con los comunistas ¿no bastaría preguntar al señor De Luigi si es posible leer, en la Unión So-

viética, un solo libro de alguno de los revolucionarios de 1917, más tarde opositores a la política de Stalin? ¿Acaso no son libros prohibidos? ¿Acaso no se han prohibido también varias novelas? ¿Acaso no es necesaria una autorización oficial para escribir, por ejemplo, un Tratado de Economía Política, según se desprende de las propias palabras de Stalin en su folleto sobre "Los Problemas económicos del Socialismo en la URSS (Ed. Nuestro Tiempo, pág. 25).

Y para seguir en el mismo tema, señalemos otro ejemplo. Los lectores saben que acontecimientos de importancia trascendental acaban de desarrollarse en Berlín. Es la primera vez que el pueblo se alza abiertamente contra un régimen comunista de estilo staliniano. Durante años había parecido que tales regímenes eran o tan terroristas o tan maravillosos que ninguna tentativa sería de subversión podía producirse. La mala fama de Stalin, el hombre del pan y del trigo, como dice Neruda, debe haber influido bastante para paralogizar a las masas. Ahora está muerto. El dios fabricado por su propia autopropaganda podía morir y los obreros de Checoslovaquia, primero, y de Alemania, después, parecen haber llegado a la conclusión de que la protesta es ahora posible.

Sea como sea, no hay duda de que se trata de acontecimientos trascendentales. Toda la prensa ha hablado y hablará aún. Sólo en los países comunistas el silencio es mortal. Nada dice Moscú y todo el mundo calla. También callan los periódicos comunistas. En nuestro país, "El Siglo" ha ignorado los hechos. Para los redactores, incluido el periodista antes citado, esto no merece ni una noticia ni un comentario, ni a favor ni en contra de nadie. Silencio. Silencio también sobre la proposición rusa de establecer relaciones con Yugoslavia.

¿No vale acaso la pena conocer la prensa comunista para poder descubrir la tremenda unilateralidad de sus concepciones políticas? ¿Qué temor puede haber en que tal literatura sea conocida?

LA MUERTE DE LOS ROSENBERG

Los esposos Rosenberg acababan de morir electrocutados. Su ejecución culminó un largo ajeteo de discusiones y recursos legales. Los Rosenberg han muerto acompañados por la curiosidad y la preocupación universales que no fueron, sin embargo, suficientes para conmover ni al Pre-



sidente Eisenhower ni a los tribunales norteamericanos.

No está demás señalar que, después de la condena a muerte, han transcurrido muchos meses, en el curso de los cuales los abogados de los reos tuvieron oportunidad para pedir siete veces la revisión del proceso más un recurso de gracia. Los amigos de los Rosenberg mantuvieron constantemente una campaña de propaganda, que los comunistas y sus simpatizantes se encargaron de hacer universal, hasta el punto de que desde el Vaticano y toda clase de organizaciones políticas, pacifistas, estudiantiles, etc., pidieron clemencia para ellos.

Hay que hacer notar también que si bien es cierto que la justicia norteamericana parece haberlos acusado con razón, o sea, que los esposos Rosenberg eran efectivamente espías comunistas, ella, en cambio, no dispuso de una prueba concluyente para imponer una pena tan grave como la de muerte. Los reos negaron siempre la acusación y las pruebas formales se prestaban a debate.

Todas estas circunstancias se añaden a los aspectos humanos del asunto. Los Rosenberg eran un matrimonio joven, con dos hijos y padres. Edith escribía cartas conmovedoras a sus niños y tanto ella como su marido se comportaron con una gran entereza moral. Todos estos hechos, gracias a la libertad propia de los países democráticos, tuvieron amplia publicidad.

Es probable que la justicia norteamericana no se atreviera a dejar sin castigo severo a quienes indicaba como los culpables de que los secretos atómicos norteamericanos pasasen rápidamente al conocimiento de la URSS. Pero, por cierto, con ello ha dado motivo para una campaña política permanente en contra de los Estados Unidos.

Sin embargo, el asunto personal de los Rosenberg no puede ser mirado sólo desde el punto de vista de su inocencia o de sus sufrimientos. También hay que decir que, aún aceptada la necesidad de clemencia para ellos, los comunistas no tienen autoridad moral de ninguna especie para luchar por causas humanitarias semejantes. En el fondo, son ellos los que, —asesinando cotidianamente a presos políticos, a quienes acusan de ser espías en procesos en que no hay abogados que actúan con libertad, ni tiempo u oportunidad para interponer recursos, ni posibilidad de hacer campañas internacionales o escribir cartas desde la prisión y darlas a conocer—, han provocado el ambiente que hace hoy que la justicia de una nación democrática pueda tornarse dura hasta el punto de que se niegue a atender consideraciones humanitarias.

En el mismo instante en que se ejecuta a los

Rosenberg, la policía rusa fusila obreros alemanes sin proceso ni publicidad, hecho que está muy lejos de ser una excepción bajo los regímenes comunistas.

¿No tienen ellos hijos y madres? ¿No tendrán también que sufrir la angustia de que, en un momento dado, se acerque el verdugo para quitarles la vida? Sin embargo, morirán anónimos, sin glo-

ria, sin el apoyo moral de la humanidad, sin que su heroísmo haya servido para que siquiera una organización juvenil pida clemencia para ellos. ¡Allí no habrá clemencia ni quien pueda solicitarla!

Digamos claramente que cuando el humanitarismo se transforma en un instrumento político pierde todo su valor moral.

Los LIBROS



AMERICA LATINA ENTRA EN ESCENA, por Tibor Mende.—

Editorial Del Pacífico S. A. — Santiago, 1953. — Nadie ha desprestigiado más a América Latina y a los libros de viaje por América Latina que los escritores viajeros de Europa, como no sean los

escritores-periodistas-turistas norteamericanos, el insoportable señor Gunther, por ejemplo. Hasta Waldo Frank, con todas sus buenas intenciones, tiene su parte. He aquí un libro que rompe con tal tradición y es bueno advertírselo al lector escaldado, para que no huya del agua fría, pues la obra que Tibor Mende ha escrito sobre nuestro continente, una especie de reportaje de alto rango, es modelo en su género.

Con "L'Inde devant l'orage" Mende se impuso en Europa como autor de primer orden en esta materia, al decir unánime de la crítica. Con este otro sobre América Latina, confirma plenamente su categoría. Por lo que se deduce del libro, Mende recorrió estos países en 1952. Como es natural, en Chile al menos, nadie advirtió su paso, salvo quizá algunas personas a las que venía misteriosamente recomendado. No concedió entrevistas, no opinó ante los periodistas sobre la cordillera ni sobre la mujer chilena o los vinos o las poblaciones callampas. De nuestro país parece no haber visitado sino Santiago, Valparaíso, Chucumata y Antofagasta. Y sin embargo vió el país, advirtió lo inconfundible de su rostro en América y —no lo oculta— se fué encantado de Chile, le pareció un país mesurado, compacto, homogéneo, con graves fallas en su estructura (advierte las de la propiedad agraria de la dependencia del cobre y del analfabetismo, por ejemplo), pero con cualidades promisoras, especialmente un realismo, una sabiduría política madurada a lo largo de muchos años, que le permite encauzar permanentemente su proceso de crecimiento dentro de la continuidad jurídica: "La fuerza de Chile reside en su inclinación aparentemente profunda por los principios políticos de la democracia y por la evolución progresiva. Su debilidad es el peligro permanente que amenaza a un país cuya economía depende en gran parte de la exportación de uno o dos productos esenciales. La única manera de eliminar la

La Editorial Ahr de Barcelona está publicando, en la Colección La Cortina de Hierro una serie de obras relativas al problema comunista. Se comprende que todas ellas reflejan puntos de vista adversos al régimen soviético o constituyen testimonios de autores que, por algún motivo, entraron en conflicto con las autoridades oficiales.

El libro que el General Charles A. Willoughby, jefe del Servicio de Contraespionaje norteamericano, dedicado a Sorge, cabecilla del espionaje soviético en Japón y China durante la guerra, es uno de los más llamativos. El libro viene precedido de un prólogo del General Douglas Mac Arthur, con el objeto sin duda de dar mayor autoridad a su contenido.

Sorge aparece como un ruso de ascendencia alemana que organizó la más importante red de espionaje soviético del tiempo de la guerra, habiendo ocultado su verdadera personalidad tanto a las autoridades japonesas como a los altos funcionarios nazis que se hallaban en Japón. Con todos ellos, él y su banda mantenían la más cordial amistad y de este modo obtuvieron informaciones precisas para el Ejército Rojo.

El libro no es un relato de tipo novelístico, sino una descripción objetiva, documentada y aún admirativa de los procedimientos casi normales empleados por el espía soviético. La notable y llamativa impresión del libro contribuye a hacerlo agradable.

causa principal de esta debilidad económica es transformar y equilibrar la economía preservando la fuente de su fuerza política. Es, precisamente, lo que Chile trata de hacer, si Dios y el precio del cobre lo permiten...". Por otra parte, hay observaciones más sutiles: "Chile, como Francia, da la impresión indefinible de ser un país esencialmente femenino y son más bien las mujeres y no los hombres quienes con su seguridad y su energía determinan la atmósfera y dan sabor a la vida cotidiana". Esta observación sobre el matriarcado chileno es válida, si bien por distintas razones, tanto para las llamadas "clases altas" como para las populares. A pesar de la rudeza exterior de los chilenos, el país no retrograda gracias al invencible y humilde heroísmo de las mujeres del pueblo.

Chile es un país profundamente unitario, "insular" dice Mende; una nación insular que "ha llevado una existencia compartimentada". El clima, los accidentes geográficos, los aportes étnicos, "el rigor, la pobreza de la vida han impreso su sello en el pueblo que habita esta extraña faja de tierra y han hecho que Chile sea, probablemente, el país menos latino de toda la América del Sur". Y una última reflexión, mirando el desierto desde el aeroplano: "La última impresión que llevaba, la de la resistencia humana capaz de asentar industrias en el mismo corazón del desierto, me parecía ser un símbolo perfecto de la evolución de Chile: esa lucha incesante por fundir este conjunto geográfico ingrato y complejo en una sola nación. Y puede ser que pronto la veamos surgir como la más evolucionada y promisoriosa de todas las repúblicas de América Latina".

Todo esto, naturalmente, halaga nuestro amor propio nacional, pero si se compara la imagen de Chile con la que ofrecen Brasil o México ¡Qué pálida y desleída resulta esta "copia feliz del Edén", qué falta de vibración, de ese toque bárbaro o violento que parece dar una mayor intensidad al tiempo y a las cosas. Brasil es un continente en el cual hay, en realidad, varios países, en donde se gesta una raza nueva y está surgiendo, sobre nada más que el 10% del territorio, una gran potencia en ciernes, una nación de 50 millones de habitantes que es ya el séptimo mercado del mundo; en donde Heitor Villalobos hace cantar horas y horas a 44 mil niños una música compuesta con los rumores de la selva tropical, que está allí, a sólo pasos de los rascacielos de Río, de las playas cosmopolitas de Ipanema o Leblon, de los hornos de Volta Redonda, del imperio industrial de Sao Paulo.

En México, "la vida está a merced de la violencia... Si se les pregunta a las mujeres de una aldea por sus hermanos o sus maridos, contestan tranquilamente que se han ido; han muerto, murieron en la Revolución o han sido, sin más ni más, asesinados". Y a despecho de esta inestabilidad, la tierra está cargada de historia, de contrastes violentos que crean una especie de clima tenso. Al viajar, "no sólo se recorre la distancia que separa a dos localidades de un mismo país. Los caminos y las vías férreas de México surcan los tiempos, las experiencias, las capas superpuestas de la historia. Cada encrucijada, cada estación, marca el principio o el fin de una fase de la tragedia humana..." Allí están la España barroca y el rostro impenetrable de los dioses aztecas y sobre un pueblo compuesto en



A pocas semanas de haber aparecido *La Cueva*, publicado por Nascimento, Zig-Zag lanza ahora otro libro de Acevedo Hernández, dedicado también al folklore, al costumbrismo, a aspectos típicos de Chile: *Retablo pintoresco de Chile*. Aquí hay de todo: "Crónicas coloristas" (Un bautizo, La Pascua en la Cañada, la Feria de Chillán; etc.), "Devociones", "Tipología" y "Otros relatos". En el capítulo de las *Devociones* hay excelentes páginas, como las dedicadas a Andacollo, sus fiestas y danzantes, o la devoción a la Virgen, u otras como aquéllas en que traza la silueta de "los espinaceadores", de *Tipología*. Cuando Acevedo Hernández cuida más su estilo alcanza una mayor calidad sin perder nada de su fuerza espontánea. Es una lástima que no lo cuide siempre.



Fulton Oursler fué, ante todo, un periodista que, desde su conversión al catolicismo en 1941, se dedicó íntegramente a difundir su religión. Fué así cómo escribió *La historia más bella del mundo*, que Zig-Zag publicó en 1951. La misma editorial presenta ahora una traducción de *The greatest book ever written* con el nombre de *El libro de los libros*. Es, como se adivinará, la Sagrada Biblia contada para el grueso público. Contar la Biblia es empresa en cierto modo imposible y, por lo menos, paradójica, pero Oursler sale del paso bastante bien, pues logra hacer una "Historia Sagrada" muy entretenida y respetando el texto sagrado.

su gran parte de indios que hablan en conjunto 33 lenguas diferentes, "tan distintas unas de otras como lo puede ser el ruso del español", domina una casta de "revolucionarios" que disfrutaban del poder y se mantienen por el desarrollo de una inimaginable corrupción administrativa y política. Dos ejemplos citados por Mende son escalofriantes y explican muchas otras cosas. Y sin embargo, en el desengaño dejado por la Gran Revolución traicionada, la marcha del pueblo se ha reiniciado, por el camino largo y difícil, desde abajo. El ensayo de la Unesco en Jaracuaro es algo conmovedor.

Mende domina a la perfección el arte difícil de las transiciones. Está hablando del "bicho", esa especie de lotería brasileña, y de pronto el lector se encuentra embarcado en el difícil problema de cómo los latinoamericanos pueden vivir gastando permanentemente más de lo que ganan y de las repercusiones y proyecciones que ese espíritu despreocupado tiene en toda la economía del continente. Y eso en una concatenación no sólo perfectamente lógica sino perfectamente natural, sin caer nunca en pedantería o pretenciosidad, tal como un hombre culto, viajado y dejando deslizarse la conversación al azar de sus recuerdos o de las preguntas de los oyentes. De vez en cuando asoma la ironía, una sonrisa benevolente y comprensiva o una frase mordaz, entre líneas, sin insistir, como dicha con rostro impassible, pero cuidando siempre el matiz, casi se diría la inflexión de la voz.

El gran peligro de los libros de esta clase es que el vistoso caleidoscopio que forman las imágenes de todos colores que desfilan ante el viajero disimule una superficialidad que se advierte de pronto a través de un inesperado cansancio, un desgano por seguir leyendo. Aquí no sucede eso. El autor parece haberse documentado prolijamente sobre cada uno de los países que visitaría. Así aparecen Brasil, Argentina, Chile y México. Hechos históricos, estadísticas, datos geográficos, todo se va estructurando para configurar exactamente cada caso, y de modo que el autor pueda moverse con entera libertad en el tiempo y el espacio propio de cada país. Sin embargo de eso, Mende ha sabido evitar la frialdad abstracta y generalizadora que hace, por ejemplo, de la obra de Siegfried sobre América Latina un esquema en blanco y negro. Su procedimiento es más bien inverso o, en todo caso, no se saltan en el libro las etapas previas a la inducción. Con habilidad de novelista, el autor narra, acumula escenas en que aparece el color y el vestido de las genies, el olor de las calles, los tranvías que pasan, los indios inmóviles ante sus pirámides de frutas, una inquietante bailarina brasileña, un "pelusa" chileno, el señor Matarazzo o Siqueiros el pintor. Hombres, cosas, industrias, paisajes forman la masa sólida y coloreada en donde, de repente, el autor hace un corte para mostrar su entraña, las capas superpuestas, la estructura secreta. Esta verdadera pasión de lo concreto es lo que hace al libro tan atrayente y humano, e introduce en él el elemento de lo imprevisto o inesperado, como en una novela.

Esto también se hace patente en el relato que hace Mende de su paso por Argentina. En su libro "Entre la libertad y el miedo", Arciniegas dejó hecho un excelente análisis de lo



Angel Ganivet es de los grandes escritores españoles del siglo XIX, a la vez, muy siglo XIX y muy moderno, es decir moderno para nosotros. Pero no cosmopolita sino entrañablemente español, como que Unamuno reconocía el parentesco espiritual que los ligaba, a la vez que el propio Ganivet ostentaba su senequismo. Francisco García Lorca ha escrito sobre *Angel Ganivet. Su idea del hombre*, un hermoso libro crítico, impregnado de una especie de viril cariño por el talentoso, casi genial suicida del Dhuina; un libro lleno de sugerencias, en el que las ideas se engarzan unas a otras, despiertan muchas más, como que fertiliza el espíritu.



Una escritora rusa de nacimiento pero que ha pasado casi toda su vida en Francia, —Dominique Arban— acaba de publicar un curioso libro sobre Dostoiewski. En *Dostoiewski el culpable*, la autora interpreta la obra del gran escritor mediante el análisis de dos temas que, según ella, lo habrían obsesionado: el asesinato del padre y la violación. He aquí por lo menos una sugerencia para los lectores de Dostoiewski.



ocurrido en Argentina. Allí está trazada con frases de fuego la trayectoria del señor Perón, de Evita y del justicialismo. Es un estudio político. Mende aborda la situación desde todos los ángulos. Es un europeo que sin la pasión dolorida del americano, trata de comprender ese fenómeno curioso de un pueblo fanatizado por una pareja de dictadores, sus resentimientos, sus aspiraciones, los resortes psicológicos simples que mueven a las masas, los errores del régimen y las limitaciones que la economía le impone y que la propia dialéctica de las dictaduras le traza fatalmente. Todo ello escrito con una animación y, a la vez, con una objetividad admirables. Es el peronismo visto desde Sirio y ninguna diatriba podría ser más eficaz, porque estas páginas explican el fenómeno y ponen al descubierto sus razones: su razón y sus miserias, su carácter peligroso y amenazante. Con citas de pasajes felices que sirven para definir la actual situación argentina habría para llenar una antología del periodismo político. Por lo mismo, es de creer que esta parte del libro, una de las más circunstanciales si se quiere, no habrá de perder su actualidad.

El libro entero no la perderá, contra lo que suele ocurrir habitualmente a páginas de esta clase, que, pasado el breve verano de sus circunstancias, caen en el otoño del olvido. Y aunque así fuera, éstas son difíciles de olvidar.

La correcta traducción de Graciela Espinosa de Calm ha conservado la fluidez y animación que caracterizan el estilo del autor.



Pierre George, profesor actualmente en la Sorbona y en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París es especialista en el estudio de la distribución geográfica de diversos elementos o aspectos de la vida moderna. De sus obras en esa materia, entre las cuales hay que anotar una *Geografía industrial del mundo* y una *Geografía social*, se ha editado en castellano una *Geografía de la Energía*. En ella se estudia la repartición de las fuentes de energía sobre la tierra y también la distribución del consumo.

La importancia de la energía en el mundo moderno es evidente. Se calcula que un caballo puede reemplazar a diez hombres, pero se necesitarían 30.000 hombres halando durante 20 días para arrastrar 800 Kms. un tren que una locomotora mueve en 12 horas.

Mas los países productores de algunas formas de energía no son siempre los más fuertes consumidores, es decir los más poderosos. El Medio Oriente o Venezuela, por ejemplo, grandes productores de petróleo, aprovechan una parte infinitesimal de la energía que incorporan al circuito económico mundial. Es la tragedia de los pueblos coloniales.

Interesante y revelador desde muchos puntos de vista, el libro de George adolece de falta de información en lo que se refiere a Sud América e incurre incluso en errores graves. Chile, primer productor sudamericano de carbón, figura entre aquéllos de cuyos yacimientos "se tiene sólo noticia, sin que se haya llegado a definir su importancia relativa" y a los yacimientos chilenos los sitúa George "al norte de Santiago".

El libro, muy bien editado, tiene el sello de la editorial *Omega*, de Barcelona, que se ha especializado en esta clase de publicaciones.

EL POLVO Y EL TIEMPO, por Víctor Molina Neira. — Ed. Nascimento, Santiago, 1953.

Molina Neira sabe narrar, logra esa maestría difícil de introducir en la realidad cotidiana, rutinera, un elemento inquietante que es, a la vez, poesía e intriga, fuente de interés hasta un poco angustioso para el lector. Este advierte que el mundo de todos los días, "su" propio mundo está construido en un espacio misterioso del cual, nadie sabe cómo, puede irrumpir "algo" capaz de trastornar las cosas.

Pero el recurso literario de utilizar la poesía, la dimensión secreta y fantástica del mundo, en reemplazo de la tradicional "intriga" o "argumento" del relato, es un recurso peligroso. Se pueden lograr bellos efectos, crear, en suma, un mundo cabal en el breve espacio del cuento; o, si la tentativa falla, dar vida a seres grotescos, a simples íteres, a una caricatura de vida, a fetos de cuentos. "Día Sábado" y "Magnolia moribunda" son buen ejemplo del primer caso, y "Los trajes sucesivos del espantapájaros" y "Pesadilla de la rosa roja", del segundo. Pero dos Lot pueden salvar a multitud de pecadores y, por otra parte, hay caídas honrosas.

En la mención de cuento y novela corta de su último curso literario, la Sociedad de Escritores de Chile otorgó el premio único a este conjunto de cuentos de Molina Neira.

Alejandro Maguel.



GUERRA Y CIVILIZACION, por Arnold J. Toynbee. — Ed. Emecé, Buenos Aires, 1952.

La conclusión no es nueva, como lo advierte Toynbee, pero merece siempre recordarse, y es la de que la guerra "ha demostrado ser la causa inmediata del derrumbamiento de todas las civilizaciones de cuya caída se tenga conocimiento, y esto hasta donde ha sido posible analizar la naturaleza de esos derrumbamientos y explicar su ocurrencia." Fuera de la guerra ha habido, por cierto otras instituciones mediante las cuales las civilizaciones se han autodestruido, pero "aunque la esclavitud, las castas, la lucha de clases, la injusticia económica y muchos otros síntomas sociales de la némesis del Pecado Original hayan desempeñado su papel como instrumentos del autotortura del hombre, la guerra se destaca entre todos ellos como el principal agente empleado por el hombre para derrotarse a sí mismo social y espiritualmente durante un período de su historia que ahora comienza a ser capaz de ver en perspectiva".

Cuando se comenta a Toynbee resulta muy difícil y a veces imposible expresar su pensamiento con otras palabras que las que él mismo emplea; no hay más remedio que citarlo extensamente. La disciplina, el rigor intelectual, la concisa claridad en fin del que es sin duda el mayor historiador vivo, obligan a eso: imposible exponer su pensamiento mejor que lo que él mismo lo hace. Sigamos citando, pues.

En el comienzo de las civilizaciones, la guerra puede parecer soportable, pues las mismas deficiencias técnicas limitan su efecto destructivo, y la guerra puede, incluso, parecer "un buen negocio". Pero en la misma medida en que la guerra va dotando de más medios al agresor o conquistador se va viendo cómo éste queda condenado más y más fatalmente a devorarse a sí mismo o, lo que en último término es igual, se ve obligado a confiar su destino a la sola fuerza de su espada y de modo que "cuando sobreviene otro más fuerte que él" su destino queda sellado de una vez por todas y sin esperanza. Tal fué la suerte de Asiria y tal la de Esparta. Los dos pueblos, que más que señores de la guerra fueron en realidad víctimas frenéticas de su propio militarismo, son los que menos huella han dejado en la historia. Resultaron, sencillamente, borrados.

Y ello ocurre por una simple ley biológica. Ante un "desafío" determinado el recurso a la fuerza es la "respuesta" más fácil, la que exige el menor esfuerzo de superación o adaptación al medio, aunque parezca lo contrario. Pues las llamadas "virtudes militares" de que la guerra se nutre y que

ella a su vez desarrolla "tienen una esfera de acción ilimitada en otras formas de combate y de relación humana, en tanto que a menudo la exhibición de esas virtudes por los soldados ha resultado, infortunadamente, compatible con una exhibición simultánea de crueldad, rapacidad y otros vicios. Por su lógica interna, la sociedad basada en tales "virtudes militares", se ve mecánicamente llevada a un creciente desconocimiento de la naturaleza humana y lo que pudo ser "sobrehumano" termina por ser "inhumano". El proceso se repite con una aleccionadora monotonía desde la Esparta de Licurgo hasta la Alemania de Hitler.

¿Y cuál puede ser la salvación ante ese cáncer de la guerra, capaz de destruir a la civilización que lo deja penetrar en su seno? La respuesta es típica, por cierto, de la visión de Toynbee tiene de la historia: "La salvación, naturalmente, no se puede buscar en parte alguna que no sea el trabajo de la conciencia de los seres humanos individuales". A la guerra no se puede oponer la guerra para salvar a la civilización y quizá a la humanidad misma en estas circunstancias. La guerra sólo puede ser vencida por el pacifismo. Pero el verdadero pacifismo no es el del "mortal corriente que huye de la lucha y el peligro", movido por "la natural y ordinaria aversión del mortal a pagar el horrendo precio de sangre y de lágrimas que la guerra impone", sino el del santo que detesta el pecado de la guerra y es capaz de hacer uso de su fuerza sólo hasta el límite estricto de la justicia o que, si no tiene la fuerza, no se somete a la injusticia. Pero esa fuerza no será nunca la de la espada desnuda". La espada que una vez bebió sangre no puede dejar permanentemente de beber sangre de nuevo, de la misma manera que el tigre que una vez probó la carne humana no puede dejar de convertirse desde ese momento en un comedor de hombres. El tigre así cebado es, no cabe duda, un tigre condenado a muerte; si escapa a la bala, morirá de sarna". Así han fracasado en la historia los que Toynbee llama "redentores por la espada". Los que no han fracasado han sido los otros, aquéllos a quienes Toynbee se refiere mediante una cita de San Pablo: "No obstante movernos en la carne, no peleamos por la carne (pues las armas de nuestra lucha no son carnales, aunque gracias a Dios sean suficientemente poderosas para derrocar las más fuertes fortalezas): humillando las imaginaciones y todo lo que se levante contra el conocimiento de Dios y cautivando todo pensamiento a la obediencia de Cristo".

Alejandro Maguel

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Hágase socio de este Club, organizado por la Editorial Del Pacífico S. A., lo que le permitirá adquirir en forma rápida y en condiciones muy favorables los libros que publica esa empresa.

Los socios del CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO disfrutan, entre otras, de las siguientes ventajas:

Adquieren los libros a un precio especial, inferior al de venta al público.

Reciben los libros en el lugar que indiquen, sin recargo alguno por su envío.

Adquieren los libros de mayor categoría y calidad que se publican en Chile, sobre las materias más diversas.

Pida informes y antecedentes al

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Ahumada 57 – Casilla 3126 – Fono 89166

S a n t i a g o .

AMERICA LATINA ENTRA EN ESCENA

por *Tibor Mende*



Hace muchos años que no se publicaba sobre nuestro continente un libro como éste, tanto o más entretenido que la mejor novela y escrito con la más profunda seriedad y una objetividad completamente científica. El autor utiliza estadísticas, hechos históricos, sucesos de actualidad, conversaciones con altos personajes y, sobre todo, sus propias y agudas observaciones para trazar un animado fresco en que los mil rostros de América Latina quedan retratados en un momento decisivo del destino continental: el de nuestros propios días. Los capítulos dedicados a Brasil, a la Argentina de Perón, a Chile y a México son particularmente notables. Es un libro que se lee con avidez.

Una excelente traducción ha conservado la animación, la fluidez, la sutileza irónica o sugerente del notable estilo del autor en su lengua original.

\$ 250.—

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléf. 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

Despachos contra reembolso desde un libro.

EJEMPLAR: \$ 15.—

1º DE JULIO DE 1953

PRINTED IN CHILE

Talleres Editorial Del Pacífico S. A.